

CUADERNOS COMUNITARIOS
ANDALUCÍA ACOGE

LOS FACTORES CULTURALES EN LA
FORMACIÓN DE INMIGRANTES

Diferencias Culturales

Anteriormente, hemos mencionado elementos que perturban el orden cultural e histórico propios de una sociedad, que intervienen en la comunicación intercultural y que se añaden a las interferencias coyunturales, subjetivas, pasajeras, propias del individuo.

Conocer un cierto número de elementos culturales perfectamente objetivables contribuye a evitar malentendidos, y por tanto tensiones y conflictos. El que verdaderamente quiere comunicar adquiere, gracias al contacto con otras culturas reflejos como la construcción de un mensaje, la utilización de un código adecuado, la recepción cautelosa del mensaje y el juicio diferido.

El capítulo 2: Diferencias, insiste en los aspectos propiamente culturales; el capítulo 3: Situaciones, en las interferencias debidas a la historia de las personas y de los pueblos.

Este documento no trata de describir tal o cual cultura. Las indicaciones que siguen sirven para que se tome conciencia de los lugares donde el paso de un código al otro es delicado. Se trata particularmente de las lenguas y lenguajes (serie 1), de la percepción del tiempo, del espacio y del cuerpo (serie 2), de los modos de vida y de convivencia (serie 3) y de la concepción de las relaciones humanas y sociales (serie 4).

La comunicación verbal.

Lenguas y lenguajes.

No puede haber transmisión de una cultura sin una lengua; cada entorno conlleva su lenguaje; las lenguas y los lenguajes son los principales marcadores de identidad. Es por esto por lo que a menudo el enfrentamiento por una cultura se reduce al enfrentamiento por una lengua.

Utilizamos el término lengua cuando se trata de un sistema de signos formalizados, con una gramática, normalmente utilizado por un gran grupo, empleado en una superficie muy vasta y bajo el control de una autoridad, mientras que el lenguaje, que es más informal, menos estable, es utilizado por grupos en áreas menos precisas.

11.1. Diversidad de las lenguas.

Las lenguas y los lenguajes tienen una doble función: práctica y simbólica. Ambas permiten el intercambio de información, pero tienen también como función dar a los interlocutores, la posibilidad de situarse y expresar sus valores. No hay solamente, en el estudio de una lengua, su contenido concreto -la lengua vehículo de información- sino también la expresión de una visión del mundo, de cierta concepción de relaciones humanas. Sin embargo todas las lenguas que alguien utiliza no se encuentran en el mismo plano. La lengua materna contiene muchos más simbolismos y emotividad que las lenguas vehículos, funcionales, instrumentales o profesionales.

Las lenguas y los lenguajes no son solamente verbales. Los gestos, los mimos y hasta los silencios también forman parte de ellos y aparecen recogidos todos bajo el vocablo de lenguaje no verbal: Hay además un lenguaje del cuerpo que es la somatología, de la que hablaremos, por razones prácticas, en el capítulo destinado a la percepción del cuerpo.

Está acompañado por gestos y palabras, por sonidos y olores que, desde la infancia, nos han llenado de momentos de seguridad, de bienestar o desagrado, y el recuerdo de estos signos reaviva estas impresiones, estos sentimientos.. Por esto, es por lo que en el plano afectivo la presencia del grupo que utiliza esta lengua es muy importante. En cambio, para rellenar un cheque o un documento, ese afecto no es necesario. Las dos grandes funciones de la lengua, simbólica y afectiva por un lado, e instrumental por el otro, pueden ejercerlas la misma lengua, como es el caso del francés de las clases medias en las áreas metropolitanas; pero en numerosos países, en otras clases sociales y en los departamentos de ultramar, es posible distinguir estas funciones, aunque para los mismos franceses metropolitanos no es siempre el mismo francés el que se utiliza en la esfera afectiva o instrumental.

Una realidad está ligada a una lengua o a un lenguaje y se expresa con mucho trabajo y esfuerzo en otra/o. A cada situación le corresponde una lengua materna, que no sólo es vehículo de una información, sino también de unos sentimientos. Puede ser fácil cambiar la lengua en determinadas esferas (por ejemplo en las esferas funcionales: trabajo,

transporte), pero resulta difícil cambiarla en las esferas cercanas a la identidad (educación, relación hombre-mujer, vida sexual, religión).

11.2. De lo oral a lo escrito.

Numerosos extranjeros originarios de zonas rurales no han podido ser alfabetizados. Pasar del campo de la oral al campo de lo escrito es cómo aprender otra lengua. El hecho de pertenecer a la tradición oral conlleva unas ventajas a nivel de la capacidad de retención en la memoria¹, pero no ayuda en la organización del trabajo y en la gestión del tiempo. En la tradición oral, contamos con las relaciones personales o la sabiduría popular tradicional² para llegar a su objetivo, lo que permite una flexibilidad mayor que en el caso de la utilización de lo escrito, que es objetivo, fijo y normalizado. El paso a lo escrito puede dar miedo.

En este tipo de sociedad, la palabra dada a menudo vale más que un documento firmado, puesto que la palabra sale directamente del hombre y el documento no es más que un trozo de papel que todo el mundo puede fabricar y que no está directamente sujeto a la persona. Al pedir un escrito, un documento o un certificado a una persona perteneciente a una sociedad de tradición oral, es muy probable que la oigamos decir: «Puesto que se lo digo...»

El paso a lo escrito va a influenciar al individuo con ciertas marcas y/o reglas que rigen en sociedades de tradición oral al establecer otra relación con el mundo, con los demás, incluso consigo mismo y con el lenguaje que utiliza. El paso a lo escrito modifica la percepción que tenemos del mundo abriéndonos horizontes desconocidos que hasta ese momento se basaban en gran parte en la imaginación. Cuando la palabra escrita abandona su función mágica para ser articulada en la realidad que nos rodea, provoca otra visión del mundo, a veces difícil de asumir. En cierta ocasión una mujer dijo: «Desde que sé leer y escribir el mundo se ha vuelto más pequeño.»³

¹ Véase 41.6.

² Véase L. 1. Calvet y C. Duneton.

³ Extraído de una película sobre el analfabetismo emitida por Canal +.

La palabra escrita se percibe de diferente manera, parece menos ligada directamente a la realidad y por tanto dispone de mucho poder. En las sociedades de tradición escrita, el poder de las palabras escritas poco a poco sustituye al de las palabras orales por faltar el concepto de compromiso o contrato, por ejemplo: El paso a lo escrito requiere este paso de distanciamiento, ya no se puede «hablar en directo» al interlocutor situado enfrente de nosotros, y único testigo de nuestros propósitos. Pero sólo ante la hoja y ante uno mismo, escribir supone la introducción de un pensamiento menos atado al presente de «aquí y ahora», menos implicado en la acción, menos influenciado por las reacciones del otro, para producir un enunciado más general, más abstracto y hasta más impersonal. Escribir va a originar la producción de un pensamiento formal y a conducir a la adquisición de un lenguaje específico.

En una sociedad donde el individuo no existe mas que por el grupo que le ha asignado una función y un rol, escribir es un acto «subversivo»: escribir es el hablar de una sola voz en su nombre. Esta palabra, que se ha vuelto escrita, se vuelve de pronto estática, contrayendo otra relación en el tiempo, en el espacio y en aquellos que nos rodean. Escribir es integrarse de otro modo en la relación con los otros y arriesgarse a romper el orden establecido. Se pueden entonces instaurar unas reglas nuevas, que muy a menudo sirven para reforzar las ya existentes. Los testimonios en este sentido son muy numerosos:

En los cursos de alfabetización, una mujer no tiene derecho a aprender a rellenar los documentos administrativos y otras necesitan la aprobación familiar para firmar los textos que han escrito y que desean ver divulgados; un marido se siente traicionado al enterarse de que su mujer lo ha nombrado en uno de los textos. él quiere borrar toda huella de su discurso y la amenaza con prohibirle que vuelva al curso...

Mientras se espera a que quienes están aprendiendo la nueva lengua hayan adquirido las costumbres de la sociedad de tradición escrita, siempre es aconsejable hacer para cada mensaje escrito una llamada oral: un papel en un tablón de anuncios suele ser casi siempre insuficiente y hasta una hoja distribuida puede faltar a su fin. Sobre todo si se trata de participaren algo, es importante saber quiénes son los otros que participarán y ser invitado individualmente.

11.3. El lenguaje de las clases populares.

En la cultura popular del país de acogida, el lenguaje de la escuela es diferente al de la casa, aunque se aprende también a hablar como se escribe⁴.

Es muy importante ser consciente del desnivel que puede existir entre el lenguaje de las clases medias y el de las clases populares. En las clases populares⁵, el lenguaje se centra en el contenido del objeto, mientras que en las clases medias, el objeto se presenta en relación con otros objetos. Desde la infancia, el diálogo en el plano de las ideas entre padres e hijos está más enriquecido y el peso del status social interviene menos en las clases medias que en las clases populares, donde el control social y la solidaridad limitan la libertad lingüística. A fin de cuentas, esto conduce en las clases medias al uso de un código elaborado que se opone al código restringido de las clases populares: en el código restringido, el lenguaje es más estereotipado, más conforme a las expectativas e igualmente más cargado de emotividad y reforzado por una expresión corporal.

Dificultades del lenguaje.

Todo el mundo sabe que es extremadamente difícil aprender otra lengua a la perfección. Por una frase, por una expresión o por un acento se descubre, a veces con sorpresa, que el extranjero no ha llegado a un dominio absoluto. En algunas ocasiones, llegado el momento de que los aprendices abandonen el país de acogida, no han recibido una formación muy sólida y por tanto no cuentan con un conocimiento muy amplio de la cultura, conocimiento que la sociedad supone que se puede adquirir rápidamente.

12.1. Dominio selectivo.

Todos los no francófonos no tienen el mismo grado de necesidad de aprender y **dominar** el francés. Incluso hay extranjeros que inconscientemente se oponen al aprendizaje para evitar integrarse y para conservar su propia identidad, que ven amenazada.

⁴ Annie Ermaux.

⁵ Basil Bernstein.

Por el contrario, una persona cuyo país de origen está muy lejano, que quiere integrarse, que quiere ver su futuro y el de sus hijos en Francia, que quiere saber comunicarse con sus hijos, o si es el caso de una mujer joven, que quiere saber comunicarse con franceses del sexo opuesto, está muy motivada para mejorar su dominio de la lengua.

El dominio de la lengua francesa de un extranjero es a veces menor al que le puede parecer a un nativo en un principio. La mayoría de las personas aprenden la lengua en el lugar de trabajo y esta lengua está muy ligada a un contexto muy particular fuera del cual el dominio no es tal. Así, a menudo, el dominio de la otra lengua queda limitado a ciertas esferas, actividades y relaciones sociales. La lengua se adquiere habitualmente al integrarse en una actividad concreta o en un grupo concreto. Es el conocimiento de un lenguaje antes que el de una lengua. Muchos términos relacionados con la formación y considerados corrientes no son tan evidentes para el extranjero. Palabras como inicial, curso, balance, nivel global proyecto no se comprenden bien y resulta una gran dificultad comprender las consignas o comprenderlas rápidamente.

No es fácil para un extranjero descifrar correctamente una señal en la carretera que indique «nids de poule en ormation»⁶. Un «petit negre»⁷ hace pensar a un africano en la época de la esclavitud más que en un a pequeña taza de café bien cargado... Una habitación en venta con la indicación «pas-de-porte»⁸ nos permite creer que estaremos expuestos a corrientes de aire. En el «Hôtel de Police»⁹ las habitaciones no son confortables, pero que sea un sindicato, el sindicato de las iniciativas, el que se ocupe de encontrar las mejores, de entrada no es evidente. ¿Para ir allí hay que «aller à droite»¹⁰? o «aller tout droit»? ¿Y qué diferencia hay entre un «pain entier» y un «pain complet»?¹¹

Es frecuente que algunas personas estén obligadas a cambiar de lengua, y que la lengua o el lenguaje de la afectividad se debiliten. En este caso, quedan a menudo palabras arcaicas de agradecimiento, saluciones o nombres, juramentos o agradecimientos, que reemplazan el uso de la lengua que se pierde.

⁶ N. de T.: pequeña depresión formada en una calzada.

⁷ N. de T.: café muy fuerte.

⁸ N. de T.: cantidad pagada a un arrendador para tener acceso a un fondo de comercio.

⁹ N. de T.: comisaría de policía.

¹⁰ N. de T.: ir a la derecha, ir todo recto.

¹¹ N. de T.: pan integral.

12. Trampas de la gramática.

El bagaje lingüístico inicial puede engañar también a las poblaciones que no han crecido con conjugaciones y declinaciones, por ejemplo la mayoría de los asiáticos del Sudeste¹². O incluso los que han crecido con lenguas que no conocen la división pasado-presente-futuro, sino solamente la de los modos, por ejemplo determinado-indeterminado.

El futuro será, en general traducido por el indeterminado en una sociedad en la que la sumisión a la voluntad divina excluye que el hombre haga proyectos muy precisos con mucha antelación: «Inshá Allah», si Dios quiere¹³. Las conjunciones que subordinan el final de una oración a una principal establecen a menudo relaciones difíciles de dominar: a menos que, a condición de que, con tal de que, dado que, en el caso de que, a partir del momento en que...

Los pronombres personales en numerosas lenguas no existen: en español, en portugués, en ruso, etc..., el verbo conjugado es el que indica el sujeto. Los pronombres relativos son sin embargo más difíciles: «que»y «qui»,«celles-ci»y «ceux-la»se refieren a sujetos ya mencionados, y el extranjero prefiere que se repita el sujeto entero.

12.3. Problemas de pronunciación.

El propio extranjero puede perfectamente comprender a un interlocutor que le habla lentamente, separando bien las palabras, pero fracasará ante una cascada de palabras unidas, subordinadas, técnicas, repletas de siglas, pronunciadas en la algazara de aglomeraciones de personas desconocidas. La oración no ganará en claridad si se repite tres veces en un tono más alto después de haber intentado repetirla lentamente, más vale reformular la oración simplificándola:

Los enlaces hacen irreconocibles al oído de un extranjero palabras que éste conoce por separado: en francés«enfants en bas age»pueden sonar como «zenfants en basage» se conocen los primeros pero no los segundos.

En particular cuando se dan instrucciones por teléfono, hay que saber que algunos sonidos se confunden («s»y «f» por ejemplo) y solamente una parte de los sonidos llega a

¹² Gilles Verbunt. *Par les langues de France*, Article de Tanh.

¹³ Edgar Weber.

su destino. Un extranjero puede necesitar escucharlo todo no reconstruye fácilmente, como un francés, a partir de una parte de los sonidos. También por eso le cuesta trabajo comprender en la algarabía. Prefiere tener a su interlocutor enfrente.

Los franceses son a menudo severos con respecto a los extranjeros que al cabo de una larga estancia en el país no saben todavía pronunciar correctamente la lengua francesa.

Los magrebíes que confunden «u»e «i», «p»Y «b», hasta los españoles que continúan diciendo «yé SOui»¹⁴, la cuestión no consiste en repetirles mil veces la pronunciación exacta, porque, de todas maneras, no escuchan lo que nosotros escuchamos. Es fácil experimenta con esto pidiendo a personas de lenguas diferentes que reproduzcan los gritos de los animales: contrariamente a lo que se piensa, los gallos no cantan por todos lados «kikiriki»y los perros ladran de forma diferente en Francia y en Inglaterra, sin hablar de los pájaros que no hacen «pio-pio»por todos lados. A partir de una determinada edad, el oído está formado y reduce varios sonidos a uno sólo, al sonido más parecido que se conoce en la lengua materna. En las lenguas que no conocen la «ch» o la «g(e)»no se escucha la diferencia entre «~abouche» y «~abouge». Los portugueses que han crecido escuchando diecisiete vocales tienen menos problemas con las numerosas variantes de la «e» francesa que los españoles que han crecido con cinco vocales solamente. Pero confunden fácilmente «cinq»(8) y «cent»(9).

Una lengua extranjera se pronuncia raramente en el mismo lugar en la boca que el francés que se habla «con el rostro»; los franceses no están acostumbrados a los sonidos sibilantes, que les parecen confusos; pero son sobretodo los sonidos guturales los que, al oído francés, se perciben como agresivos. Es como si el extranjero los amenazara; mientras que un nórdico que no conoce las sonoridades francesas y escucha una discusión aunque sea poco animada en un bar parisino se preguntará cuando llegarán los clientes a las manos.

Hay que desconfiar también de las entonaciones. En francés, en la lengua oral, una interrogación se traduce elevando el tono en la última sílaba acentuada. Pero esto no es universal. Sobre todo en las lenguas átonas (frecuentes en Asia y a veces en África y en algunas lenguas eslavas), las preguntas se hacen añadiendo una palabra o una partícula que convierte la oración en interrogativa. En otros casos, el hecho de elevar el tono en la última sílaba no quiere decir que se trate de una pregunta.

¹⁴ N.de T.: «yé soui»=je suis =yo soy o estoy.

A veces en el texto de este documento aparece el término «francés». Pero, no más que los extranjeros, estos franceses no constituyen una unidad homogénea. Son de regiones diferentes, de orígenes diversos, de religiones y de orientaciones políticas diferentes. Se trata, más que de una realidad objetiva, de la idea que se hacen algunos (¿la mayoría?) franceses de ellos mismos o de la representación que los extranjeros se hacen comúnmente de ellos.

12.4. Trampas de la significación.

Hay falsos amigos muy conocidos; o palabras que se parecen. Todo el mundo sabe ahora que un español que dice que está «constipado» sólo está resfriado. Pero lo que se olvida más fácilmente, es que el extranjero no sabe siempre en qué contexto debe utilizar una expresión ante una jerarquía superior no se dice que se tiene la «boca pastosa», no se invita a un ministro a unas tapillas», y por el contrario, algunas expresiones librescas no se utilizan en una conversación entre amigos franceses.

Las siglas siembran mucha confusión. De la PMI a la CAP y al CCAS pasando por el CMI y el CAP, los trayectos son largos antes de que el no iniciado llegue a su destino. ¡Sobretudo para un SES que no ha hecho un BTS!.

Más complicada es la situación cuando las mismas palabras no quieren decir la misma cosa. El contenido abarcado por palabras como solidaridad, limpieza, igualdad, educación, respeto, honor... puede variar aunque se crea que los interlocutores hablan de la misma cosa. En el Islam, la palabra sumisión no tiene la connotación de pasividad que reviste en francés; incluso un término como fatalismo debe interpretarse con prudencia.

En la mayoría de los casos, el tuteo revelará el desconocimiento o la relajación, y no la falta de respeto o la provocación. El tuteo a tontas y a locas no es sino una fuente permanente de nerviosismo frente a esos extranjeros que «faltan al respeto». Una cosa que esos extranjeros no entienden es por qué el pronombre singular está unido a la idea de familiaridad mientras que el plural indica distancia. respeto... En algunas lenguas. no se tiene más que una sola palabra para todo el mundo (you). en otras existen pronombres de familiaridad y de respeto en singular y en plural (tú, usted-vosotros, ustedes), en el Magreb, el singular se emplea en presencia de una sola persona sin connotación de familiaridad o de

distancia, y el plural en presencia de varias personas. ¡Hay algo más lógico!... En numerosos países, Alemania o los Países Bajos, por ejemplo, se tutea muy fácilmente. añadiendo a continuación «señor»o «señora».

Las transposiciones rápidas son también una fuente de equívocos producidos por la preocupación de llevarlo todo a lo que se conoce ya. Por ejemplo la mezquita no es la iglesia de los musulmanes. el rabino no es la traducción judía del cura. ni el colegio del Corán el equivalente del catecismo. la comunión solemne semejante a la iniciación africana, ni el bautismo una traducción cristiana de la circuncisión.

Hay lenguajes con contexto rico y otras con contexto pobre (según la expresión de Edward Hall).En un lenguaje con contexto pobre, los interlocutores son muy explícitos -no hay sobre-entendidos, el marco de referencias se supone que no es conocido por el otro.

En un lenguaje con contexto rico el sentido lo da el contexto más que la expresión verbal, mientras que en un lenguaje con contexto pobre todo se dice por las palabras en sí mismas.

Por ejemplo, los alemanes. que por esto son juzgados como «pesados»y «lentos».utilizan un lenguaje con contexto rico; se diría en Francia que hay que leer entre líneas. La mímica, la distribución de una habitación. el plazo de espera impuesto a un visitante son otros signos que hay que saber interpretar. A los mismos franceses se les juzga como superficiales o complicados por los usuarios del lenguaje con contexto pobre. a los que les cuesta trabajo comprenderlos. Esto se produce en particular cuando el francés cree que su interlocutor dispone del mismo marco de referencias que él, lo que tiende a hacer espontáneamente.

Expresiones tales como «hablando claro»no quieren decir nada en una sociedad en la que, por discreción. y sin equívocos para los iniciados, todo son por alusiones y sobreentendidos.

Todos estos factores intervienen claramente cuando se hacen pasar tests a estudiantes en formación¹⁵. Los tests se expresan siempre en una lengua específica. En algunas lenguas africanas, no hay palabras para expresar «línea recta», «cuadrado», «rectángulo»porque en su entorno esto no corresponde a ninguna realidad. Los símbolos

¹⁵ Camilleri1985; Micheline Rey-ven Allmen.

matemáticos o geométricos que en Francia los niños aprenden a utilizar desde pequeños pueden parecer chino a un africano.

12.5. Trampas de la sensibilidad.

El valor emocional o el contenido convencional provocan reacciones diferentes frente a los mismos términos. En muchas culturas, es maleducado decir «no». Hay que decir siempre que «sí», porque la verdad no está en la correspondencia de la palabra con la realidad objetiva, sino en el progreso o en la conservación de una relación interpersonal.

El «no» directo puede ser una fuente de disgusto o de conflicto y hay que evitarlo. Es preciso encontrar otros medios de expresar una negativa «<si, pero...», «quizá», (mañana)». Es «sin duda» (?) difícil para un europeo. Con poblaciones que ponen mala cara al decir «no», más vale hacer preguntas abiertas para no inducir a respuestas, y saber que nunca se reformula demasiado.

No está entre las costumbres de numerosos asiáticos el hablar de sí mismo. Incluso alguien se definirá más por su función en una relación, más o menos como en otro tiempo la criada que preguntaba si «así lo desea la señora... ». Los pronombres personales «yo», «tú» existen, pero por estas dos razones se emplean raramente. Incluso conociendo la gramática francesa, a un vietnamita le puede costar decir «yo». Una reticencia comparable existe para el tuteo entre personas mayores o más «respetables» en el ámbito de la educación francesa, el tuteo es muy corriente, lo que puede desorientar a los aprendices que por tradición ponen a los profesores en un pedestal.

Los proverbios y las metáforas hay que usarlas con mucha prudencia. Un extranjero que no conoce el sentido del proverbio «No se hace beber a un asno que no tiene sed. puede pensar que se le trata de asno...

Algunas palabras tienen una connotación peyorativa en una cultura y positiva en otra. En Alemania, el poder administrativo se ejerce a nivel de Lander muy cerca de los «usuarios», sometidos a numerosas presiones a las que los funcionarios no resisten siempre lo que hace que muchos alemanes envidien a los franceses, administrados por una burocracia centralizada. Para los primeros, esto evoca imparcialidad, igualdad en el

tratamiento, para los segundos son el peso, la lentitud, la incomprensión, la distancia los que se resienten.

Otro ejemplo: un francés evitará decir que alguien es viejo, mientras que un extranjero puede hablar de la «vieja» con mucho respeto... En su cultura, ser joven no es en absoluto un triunfo.

Los franceses pueden utilizar traducciones que son rechazadas por los extranjeros porque creen que no corresponden exactamente a la idea que representan en la lengua de origen: djihad sólo corresponde de forma imperfecta a nuestra "guerra santa" debido a la sensibilidad árabe, así como el «'aid al-kabir» a la fiesta del cordero.

Tampoco es de astutos abordar sistemáticamente el problema de Irlanda del Norte con los ingleses o preguntar por la Mafia a cada italiano que conozcamos. Por el contrario, la última victoria del equipo de Camerún en el campeonato del mundo de fútbol puede hacer que una relación empiece en un ambiente favorable.

El extranjero puede jugar también con su (des)conocimiento de la lengua francesa. Comprenderá más fácilmente a un empresario que le anuncia un aumento de salario que a un guardia del orden público que quiere denunciarlo. Y un extranjero que quiere mostrar su desprecio hacia un interlocutor puede llamarlo de «tú», así como un francés en la misma situación.

Los franceses tienen la costumbre de evitar los silencios: en cuanto uno termina una oración, e incluso antes, otro toma la palabra (en inglés la expresión «tomar la palabra» no existe). La mayoría de los extranjeros evitan cortar la palabra a los interlocutores. En el discurso africano, cada uno dice lo que tiene que decir, y los otros lo dejan hablar hasta que ha terminado, aunque repita cosas que ya se han dicho. Los japoneses y los chinos no toman en serio al interlocutor que responde inmediatamente en los mismos términos: este último prueba manifiestamente con ello que no ha reflexionado. La preocupación por no cortar la palabra puede llegar hasta no pasar entre dos personas que están hablando.

Una persona encargada de la recepción en un ayuntamiento no llegaba a hacerse comprender por un usuario extranjero, a pesar de todos los esfuerzos desplegados por ambos. Esta persona no se había dado cuenta de que su interlocutor era sordo. En un mismo

registro: alguien que tiene el brazo derecho escayolado no es necesariamente analfabeto. Todo no está en la diferencia cultural.

12.6. Los números.

Las cifras latinas no se escriben de la misma forma en todos los países. En la escritura anglosajona un 1 se confunde fácilmente con un 7, y los británicos encuentran la forma francesa de escribir el 8 a mano, más bien extraña; incluso el 4 y el 5 francés, escritos a mano, pueden causarles problemas.

Los números en francés se complican a partir de setenta. Si queremos dar nuestro número de teléfono (98 7784 16) a un extranjero, en vez de decirle los números de dos en dos más vale hacerlo a la inglesa, es decir, de uno en uno.

Las operaciones matemáticas no tienen la misma disposición en todas partes. En la mayoría de los casos, el sistema decimal les resulta familiar a los aprendices, pero puede haber excepciones.

El lenguaje del cuerpo.

A menudo escuchamos que, si no nos comprendemos por culpa de la lengua, siempre podemos expresarnos por los gestos, los mimos, las entonaciones. Acabamos de ver que, en cuanto a éstas últimas, la afirmación no siempre funciona. Pero aún menos en cuanto a los gestos y a los mimos.

Los franceses, y en general los meridionales, gesticulan mucho. En el Extremo Oriente (¡oriental con respecto a Europa!), hacer muchos gestos muestra una fuerte agitación y la falta de autodominio.

Los gestos pueden tener un significado completamente diferente en un país y en otro. Los japoneses, los africanos y los franceses no cuentan de la misma manera con los dedos. Hacer el gesto de los cinco dedos de la mano abierta separados a un interlocutor africano puede asustarlo tremendamente: acaban de echarle una maldición. Y a un asiático le puede sentar mal que lo señalen con el dedo como para atravesarlo. Los griegos asienten moviendo la cabeza horizontalmente. Para los turcos un hombre que hace una señal a una mujer con dos dedos cruzados expresa el deseo de procurarle una felicidad que no es sólo espiritual.

Con los contactos, hay que tener mucho cuidado, porque las buenas o malas disposiciones se transmiten a menudo por la imposición de las manos; los niños son particularmente vulnerables a estas disposiciones, y hay que intentarlo todo para evitar llamar la atención de estos. También puede haber partes del cuerpo sagradas, tales como la cabeza para los asiáticos del sudeste. En conclusión, muchos contactos y gestos tienen una connotación sexual y sin quererlo, un extranjero puede hacer una proposición o rechazada sin darse cuenta. En muchas culturas, sobre todo en la africana, no se entregan los objetos con la mano izquierda. Es la mano indecente¹⁶. Una persona que debe respeto a otra debido a su edad o a su rango social baja los ojos al hablar, gesto que incomoda a los interlocutores europeos, heridos por su insinceridad.

En la cultura francesa (y, en general, en la occidental), existen dos formas corrientes de saludarse en público: dándose la mano y dándose un beso (en realidad, más de uno). Para un extranjero (aunque también para un alsaciano o para un bretón) no es siempre fácil

¹⁶ Michel Serres.

saber cuándo dar la mano y cuándo dar un beso (o dos, o tres... ¿o cuatro?). Unos (asiáticos, americanos) tienden a quedarse cortos, en tanto que otros (africanos, antillanos) tienden a pasarse. Mientras que los rusos, por ejemplo, se besan en la boca, los asiáticos prefieren saludarse haciendo una reverencia con las manos juntas: la mayor o menor inclinación del cuerpo y la posición más o menos elevada de las manos es índice del grado de respeto social que merece el interlocutor.

Los asiáticos son conocidos por su sonrisa, que acompaña cada acto de comunicación, incluso si se está dando una noticia triste. Así, la sonrisa no es para ellos una manera de expresar alegría, sino de ser amable y de no importunar al interlocutor con preocupaciones que le son ajenas. La sonrisa del asiático corresponde a la costumbre occidental de decir «¿Qué tal?» (normalmente no se trata de una auténtica pregunta, ya que una respuesta sincera va más allá de lo que pretendía saber el interlocutor que formula dicha pregunta).

Cada entorno y cada cultura tiene formas y códigos propios con los que expresar sentimientos universales. El enfado, la tristeza, la alegría, la aprobación o el reproche no dan lugar a los mismos gestos. La expresión facial propia de una cultura determinada puede engañar a aquél que es ajeno a ella.

Imágenes poco claras.

Los pictogramas nos remiten a una realidad compartida por todos los habitantes de un país. Sin embargo, a veces, pueden producirse confusiones: por ejemplo, en una ocasión se interpretó que una imagen que representaba unas llamas (y que indicaba el número de teléfono de los bomberos), hacía referencia a un racimo de plátanos. Las indicaciones de espacio «<entrada>», «<salida>») llaman la atención sobre percepciones espaciales que no son iguales en todo el mundo.

Además, los pictogramas hacen que los propios objetos no se vean siempre de la misma manera y no den lugar siempre a los mismos dibujos. Cada imagen se elabora con muchos más elementos de los que puede captar la simple percepción «objetiva»: de hecho, toda imagen contiene en sí misma una interpretación de elementos que no son directamente visibles, sino que surgen de lo que sabemos del objeto representado. En el seno de una misma cultura, la imagen se sustenta en el contexto familiar; la imagen «bruta» se asocia a otras informaciones previsibles, pero que a veces no poseen sentido alguno para el extranjero que las interpreta en un contexto diferente al del original.

También el uso de documentos audiovisuales depara numerosas sorpresas. Los aprendices no ven necesariamente en el documento lo mismo que le interesa al educador, ya que cada cual responde a los estímulos audiovisuales condicionado por sus propias circunstancias culturales. La insistencia sobre una idea ajena a la cultura del aprendiz puede hacer que éste no reciba bien una información y, por tanto, no reaccione bien ante ella; resulta mucho más provechoso insistir sobre aspectos que sean familiares para el aprendiz.

Un inspector de sanidad proyectó una película a cámara lenta para mostrar que, en una aldea africana, cada familia hizo todo lo posible por eliminar las aguas estancadas: desecar las charcas, despejarlas recogiendo las latas de conserva vacías... Le pusimos a otro grupo de personas la misma película, y al terminar le preguntamos qué es lo que habían visto. Nos respondieron que habían visto un pollo o un animal por el estilo. En realidad, nosotros ni siquiera sabíamos que ese animal aparecía en la película. Había pasado por una esquina de la

*pantalla durante un segundo escaso. Y, sin embargo, era lo único en lo que estas personas habían reparado*¹⁷.

Análogamente, podemos constatar que, en un discurso, los aprendices pueden detenerse mucho tiempo sobre lo que el educador considera un simple detalle y no percibir el sentido general del ejercicio propuesto. De igual manera, una discusión no programada sobre un ejemplo secundario puede sustituir a una discusión ya prevista sobre un tema más general. De entrada, cada cual oye o ve lo que ya ha oído o visto antes. Los elementos que llaman nuestra atención son aquellos en los que nos vemos reflejados, aquellos que nos son familiares y sobre los que podemos expresar nuestra opinión.

¹⁷ *Marshall MacLuhan: La galaxia Gutemberg.*

Percepciones.

Tiempo. Espacio. Cuerpo.

Parece paradójico afirmar que dos personas que observan el mismo objeto o escuchan el mismo sonido ni ven ni oyen la misma cosa. La cultura nos enseña a seleccionar, a establecer categorías y asociaciones, a organizar el universo a nuestra manera. No sólo no vemos las cosas de la misma manera: es que no vemos las mismas cosas. Podríamos asimismo decir que vemos lo que aprendemos a ver y que oímos lo que aprendemos a oír.

Los japoneses tienen una sola palabra para designar a la vez el verde y el azul. Los europeos ven «la nieve» como una sola realidad, a la que los esquimales se refieren con una veintena de palabras, según el color, la consistencia, la densidad, la rugosidad de la nieve. Un pescador puede distinguir hasta una docena de cebos donde el profano no observa más que unos anzuelos. La educación asiática permite a cada individuo el reconocimiento de una decena de clases de arroz donde los franceses hacen la única distinción de «riz long» y «riz rond». Por el contrario, los pueblos no europeos rara vez han desarrollado un olfato lo suficientemente sutil como para distinguir algunas clases de vino y apreciar diferencias entre determinados tipos de queso.

En psicología, mucho se ha hablado ya sobre la capacidad de cada individuo de seleccionar las informaciones que percibe; por ejemplo, no escuchar u olvidar inmediatamente lo que no le gusta escuchar o comprender. Algo parecido ocurre cuando hablamos de culturas; sólo que en este campo no se trata de fenómenos patológicos, sino de diferencias.

Además, la selección y el filtro que han operado en la percepción están determinados por un juicio personal; aprendemos a apreciar aquello que es bueno y a rechazar lo que es malo; los excrementos tienen por lo general una mala reputación y sin embargo, las mujeres «massai» (regiones lacustres de Tanzania) recogen boñigas de vaca. Los platos considerados deliciosos en un país son tachados de incomedibles en los demás

«<bárbaros>>».La educación musical occidental aprende a escuchar unas canciones que se han fragmentado en partes, en frases musicales; las músicas orientales no conocen puntuación o tiempo de «silencio»alguno, y se desarrollan a lo largo de un todo continuo. Es necesario una reeducación, una iniciación, para terminar apreciando la música del prójimo. Sonidos, olores, sensaciones táctiles no poseen existencia objetiva fuera de una cultura. El éxito de la iniciación depende a menudo de la predisposición sentimental de las personas que ven las cosas de otro modo. Un xenófobo que quiera aferrarse a su propio ámbito de referencia tendrá muchos problemas para entrar en la percepción de un extraño, mientras que el novio de una chica de otra cultura tendrá todas las de triunfar allí donde el xenófobo fracasa.

También depende mucho del grado de prestigio del nuevo conocimiento que tratemos. En Francia, a saber distinguir entre un «burdeos» y un «beaujolais»se le da bastante importancia.

Este fenómeno actúa también en familias extranjeras de grupos marginados (inmigrantes por ejemplo), en donde en lugar de enviar a los hijos a aprender su lengua materna, los llevan a estudiar inglés.

Tiempo.

Uno de los primeros problemas con los que un profesor se encuentra es el de la falta de puntualidad de los alumnos. Comenzar a la hora en punto parece poco más o menos que imposible, y algunos profesores impacientes ya han pensado en «remediar esta falta de respeto hacia los compañeros», precisando sin reparos que la clase comenzaría a las nueve, «hora francesa» u «hora metropolitana».

La idea central debe tener por objetivo hacer comprender que en la mayoría de los casos, los retrasos no tienen nada que ver con el respeto hacia el profesor o hacia el grupo. Por tanto, no tiene sentido regañar a los que llegan tarde. Las referencias a determinados estereotipos («hora metropolitana») no son acometidas correctamente; las discusiones sobre este tema deben proyectarse hacia la mejora del funcionamiento antes que a la conversión del alumno, que es libre de administrarse el tiempo como le plazca.

Cuántas veces hemos oído decir que el cumplimiento de las normas generales de la sociedad es una cuestión de «respeto»? Llegar tarde es faltar el respeto. Tutear indebidamente, igual. Lo mismo ocurre con tirarse un eructo. Sin embargo, muy a menudo se trata de una diferencia cultural: el mismo hecho no es recibido ni interpretado de igual modo por todo el mundo.

Esperando que haya un acuerdo sobre el funcionamiento, el profesor puede preparar unas actividades iniciales gratificantes para los que hayan sido puntuales, pero que no comprometan el avance de los que lleguen tarde. La puesta a punto del acuerdo puede comprender una reflexión sobre la administración del tiempo inspirándose en este punto.

Habitantes del pueblo y de la ciudad, individuos de la sociedad industrial, con su división del trabajo y su noción de «progreso» por un lado, y hombres de la tradición, para quienes lo bueno es aquello que sus antepasados han hecho siempre por el otro, tienen concepciones diferentes del tiempo y de la duración. Para unos, el tiempo es una concepción que retoma el pasado, para otros, un devenir.

Unos lo viven al ritmo natural cíclico siguiendo las fases naturales de las estaciones y de la vida (nacimiento, madurez, vejez, muerte, regeneración). Otros imponen un ritmo y una división artificiales a su tiempo lineal. Los primeros dedican a sus actividades el tiempo necesario para realizadas correctamente; no empiezan una cosa sin haber terminado otras. Por el contrario, las actividades y los compromisos copan la agenda de la gente moderna. Tiempo de relación e informal frente a tiempo formal y matemáticamente calculado. Vida siguiendo el ciclo solar o vida enganchado al reloj.

Incluso en el vocabulario se ve reflejado todo esto. «Deprisa», «rápido» son palabras de uso frecuente en el país del Tren de Alta Velocidad y del Concorde. Existen determinados pueblos que tienen la suerte de tener tiempo; hay otros que no lo tienen. En cualquier pueblo o ciudad de Francia, la gente hace que sus compromisos se sucedan lo más aprisa posible con el fin de disponer del suficiente tiempo como para poder almorzar o cenar tranquilamente; ¡cuestión de preferencias!

Para los franceses, al igual que para la mayoría de los occidentales, el verbo «esperar» entraña una idea de frustración, mientras que fuera de lo que es la sociedad industrial, forma parte de la norma habitual. La inclinación hacia el «deprisa», en detrimento del «esperar», obliga a que en Francia una decisión deba ser tomada y ejecutada rápidamente, mientras que en otras partes del mundo cabe la posibilidad de tomarse más

tiempo y dejar a un lado las presiones (también aconsejable para una palabra como TAV¹⁸). Incluso dentro de nuestro país, la gente de provincias opinan que los parisinos están muy agobiados.

En realidad ningún pueblo vive por completo un tiempo u otro, pero hay prioridades. Dependiendo del contexto vital en el que se halle, un individuo puede estar viviendo el tiempo formal (trabajo, transporte), o el informal (amistad, vacaciones). Sin embargo, la dependencia del tiempo formal varía según el valor que nosotros mismos le demos al contexto vital que nos rodee. El respeto al tiempo informal puede prevalecer sobre el imperativo de tener que tomar el tren a su hora. Lo mismo que el imperativo familiar puede relegar a un segundo plano el imperativo de tener que ser puntuales en el cursillo de capacitación. La división del tiempo varía también según las culturas. En algunos países tropicales no gozan más que de dos estaciones: la estación seca (o de menos lluvias) y la estación de (grandes) lluvias. En determinados pueblos asiáticos podemos encontrar hasta cinco. El calendario lunar se emplea en ciertos lugares (en el Islam, en el budismo y hasta en el cristianismo), incluso si el fecho que comienza con el nacimiento de Jesucristo se populariza.

Más que un calendario, los puntos de referencia en este sentido son a menudo las fiestas o los acontecimientos. La fecha de nacimiento puede estar determinada por un hecho señalado que haya ocurrido simultáneamente: una inundación, una plaga de langostas... A grosso modo se puede concluir una vez más que la división del tiempo en los pueblos de origen rural permanece ligada a una realidad natural, mientras que en la sociedad industrial esta división es racional y abstracta.

A la diferencia que se produce debido al ciclo natural hay que añadir (si no coinciden) la diferencia religiosa: el viernes es festivo para los musulmanes, el sábado para los judíos, el domingo para los cristianos.

Las sociedades rurales conceden una gran importancia a la celebración del año nuevo, pero partiendo de distintos puntos de vista: de una luna o de una floración que anuncia la primavera (el regreso de la vida, la regeneración), mientras que los aniversarios individuales no merecen ninguna atención. Las fiestas colectivas tienen un mayor peso que los aniversarios o las fiestas individuales. En una sociedad en formación, se pueden realizar

¹⁸ Tren de Alta Velocidad

múltiples celebraciones en el paso de un año a otro. Muchos extranjeros aprenden en Francia a celebrar el cumpleaños de alguien sin faltar a su tradición. La sociedad multicultural que celebra el Ramadán, el Yom Kippur y Navidad da unas ventajas al trabajador que el empresario no ve siempre.

En el entorno rural no hay (o no había) necesidad de llevar reloj, y los compromisos pasan desapercibidos. El programa del día o de la semana está pensado según un cierto número de actividades, de tareas que marchan una detrás de otra. La hora en la que debe comenzar una actividad está determinada por el fin de la actividad precedente o por el entorno. Sabemos que es la hora de enviar a los niños al colegio cuando vemos a otros niños pasar delante de la ventana. En la ciudad, los nuevos habitantes ya no se levantan al oír el matinal canto del gallo, sino con el paso del primer tren que circula junto al inmueble.

Además, ¿para qué concertar una cita? En la sociedad rural todo el mundo sabe dónde encontrarse con todo el mundo. Las redes de información son menos importantes en número pero más intensas. No quedando muy claro el corte entre su vida profesional y la personal, siendo parte del área de conocimiento de los profesionales, ¿por qué iban a rechazar prestar sus servicios si pudiesen hacerlo?

La costumbre de concertar citas está ligada con una organización social que implica una división del trabajo, un tiempo partido en «rodajas» y una especialización de diferentes tipos de relaciones que se pueden compaginar con las demás.

En todos los países no se hace exactamente lo mismo a la misma hora; la naturaleza no nos ha hecho a todos iguales. En los países tropicales, los hombres trabajan principalmente en la época de lluvias, o bien «se funciona» sobre todo por la mañana. Las mujeres están siempre ocupadas, pero trabajando mantienen una intensa vida social (entre mujeres). Los españoles se levantan (o se levantaban) tarde, mientras que los habitantes de Europa central comienzan el día muy temprano.

A menudo, las horas del almuerzo cambian en cuanto se cruzan las fronteras. No hace falta salir de Europa para advertir la diferencia entre la hora del almuerzo polaco (sobre las once de la mañana) y la de los españoles (a las dos de la tarde como mínimo). Y mientras que en Francia hay un cierto margen, en el Reino Unido se come a horas fijas y en el sudeste asiático se come cuando se tiene hambre. No todo el mundo tiene el mismo ritmo

de sueño: para algunos, el no dormir la siesta es un verdadero problema; por el contrario, duermen poco durante la noche.

La puntualidad no es igual en el campo que en la ciudad. El reloj de pulsera es muy preciso, mientras que el reloj de la naturaleza o del medio ambiente se manifiesta mediante señales diferentes. Si una actividad debe realizarse en una esfera muy formal, funcional, el campesino puede consultar su reloj; sabe que el tren no lo va a esperar. Pero la preferencia al reloj es menos probable en cuanto se encuentra en una situación donde lo informal, lo familiar o lo referente a las relaciones personales se impone (con los médicos, los amigos, los implicados en una boda, el educador-si hay suficiente confianza, ...). En relación con esto, lo que los estudiosos de la relación intercultural llaman el «retraso insultante» varía según el país. En Francia, en una cita no muy importante, se permite llegar con 10 minutos de retraso. Numerosas reuniones comienzan con un cuarto de hora de retraso y los participantes no se escandalizan demasiado por ello (aunque esto depende también del nivel profesional). Por el contrario, en Alemania o en Estados Unidos, un retraso de 10 minutos o un cuarto de hora se interpreta como una falta de respeto. Por otra parte, en muchos países del hemisferio sur, un hora o más de retraso se considera normal.

No todos los retrasos deben explicarse por medio de la cultura: es un fenómeno cultural cuando en un grupo este retraso está en relación con ciertos códigos y hábitos. Pero también puede tratarse de una carencia de dominio del tiempo relacionada con un estado psicológico pasajero. Por ejemplo aquellos que llevan mucho tiempo en el paro o las mujeres que dejan su trabajo para dedicarse exclusivamente a su casa pueden perder la noción del tiempo y de la exactitud. Otra hipótesis puede ser que la inexactitud se deba a una falta de cultura generalizada, en relación con la pertenencia a un país del tercer mundo. Los tres casos que hemos visto, y que deber ser tenidos en cuenta, no necesitan el mismo enfoque pedagógico. Podríamos hacer la misma observación en cuanto al hábito de preparar el futuro con antelación; la preferencia por los proyectos a corto plazo pueden proceder de una situación de pobreza duradera pero quizá sea también una filosofía de la vida. En consecuencia, podemos comprobar que fenómenos idénticos exigen a menudo interpretaciones diferentes.

También es posible faltar a las citas porque la tradición oral no tenga el hábito de la agenda. Pero incluso con ella, las diferentes culturas tienen un período de previsión

limitado. Si para los habitantes de las ciudades europeas el período de previsión es el de la agenda del año en curso, y a veces del año siguiente, para numerosos pueblos, sobre todo los descendientes de una tradición oral, este plazo de previsión es de una semana o de quince días; todo compromiso concertado más allá de dicho plazo es aleatorio.

La referencia al pasado, a la tradición, a lo que los antepasados hicieron o harían si estuviesen presentes, puede tener un peso muy importante en ciertos pueblos a la hora de tomar sus decisiones. Por otra parte, a fin de argumentar una decisión, estos pueblos sienten la necesidad de justificarse con los dichos, acciones o gestos de los antepasados, o de obtener sus argumentos de una amplia suma de dichos y proverbios. Esta característica es típica de las culturas centradas en el pasado; del mismo modo que existen culturas que giran en torno al futuro como la de Estados Unidos.

No todos los pueblos miran tan lejos en el pasado o en el futuro como los europeos. Un pueblo con una larga historia escrita y fechada (como los chinos y la mayoría de los europeos) cuenta con un sentido de la historia que posibilita la continuidad entre el presente y el pasado, y que permite también hacer previsiones relativamente realistas para el futuro. Para los americanos, que carecen de una larga historia arraigada, la capacidad de formular proyectos a largo plazo está menos desarrollada y la eficacia del momento presente prevalece en numerosas decisiones. (Es muy conocido el caso de los vietnamitas, que expulsaron a los americanos del mismo modo en que se habían liberado de los chinos nueve siglos antes, ya que los americanos no habían profundizado tanto en la historia.)

En otros pueblos, sobre todo aquellos que se basan en la tradición oral, la referencia al pasado se vuelve mítica con demasiada rapidez y el futuro más allá de un cierto lapso de tiempo, demasiado breve, está «en manos de Dios». Algunas culturas nombran el pasado y el futuro con la misma palabra.

Las personas que acaban de salir de una situación de miseria o de inseguridad, que han adoptado el hábito de dejarse guiar por el instinto de supervivencia, carecen de paciencia o de interés por los proyectos considerados (probablemente, sin razón) de largo plazo; lo único que cuenta y satisface es el resultado inmediato. En cuanto a los jóvenes, la cultura de la sociedad de consumo (llegado el caso, simbolizada por la tarjeta de crédito) provoca que una impaciencia comparable a la anterior caracterice su comportamiento: el

objeto codiciado debe obtenerse instantáneamente. Aquí, la pedagogía que insiste en un proyecto fijo llega rápidamente a ciertos límites.

Existe otra diferencia entre personas que hacen una cosa cada vez (monocronía) y las que realizan varias acciones al mismo tiempo (policronía). Interrumpir una conversación en la que no se participa, hecho relativamente frecuente en Francia, se considera a menudo de muy mala educación: se espera el turno. Al contrario, en otros pueblos, cada uno intenta acceder a la información sin esperar a que el interlocutor haya terminado su interacción con el otro. Cuando en un mismo conjunto, el educador se dirige a personas que representan las dos tradiciones culturales, se pueden producir tensiones entre aquellos que quieren que las cosas se hagan sucesivamente y aquellos que desearían hacerlo todo a la vez.

Espacio.

Nada menos natural que la delimitación del espacio. Y sin embargo, esta «dimensión desconocida»(siguiendo el término de Edward Hall) puede muy bien revelar una mentalidad, un voluntad política o un concepción de las relaciones humanas. El paisaje es el producto de un grupo humano; las fronteras decretadas naturales no lo son mas que en la mente de los que los han decidido. Cada cultura, e incluso cada individuo, se fija un horizonte en el interior del cual quiere vivir. Las diferentes culturas a menudo codifican el lugar de los objetos y de las personas, unos en relación con los otros, con un rasgo o función jerárquica. Es posible darse cuenta de la multitud de dimensiones si se reflexiona sobre nociones tales como la distancia o el horizonte.

Del mismo modo que para el tiempo, existe un antiguo sistema de medidas de longitudes, pesos y contenidos cercano a la naturaleza y específico para cada materia. Pero el sistema matemático, abstracto y universal, ha ocupado el lugar, casi en todas partes, de las antiguas medidas. Además, existe otra diferencia más importante entre la sociedad holista o tradicional y la sociedad moderna en cuanto a la ocupación del espacio (que muestra por otra parte que muchas sociedades que pretendían parecer modernas no lo son en realidad): en la sociedad holista, el espacio es homogéneo, es un territorio cuyas fronteras marcan el principio de otro territorio; en la sociedad moderna se habla de espacio/s, que es/son una realidad imaginaria;

un mismo territorio puede abarcar varios espacios que se yuxtaponen y superponen, e incluso se imbrican en varios territorios, cada espacio correspondiente con una actividad o con una esfera de existencia. Por ejemplo, el territorio de Córcega es la isla de la Belleza; pero el espacio corso incluye también a los corsos del continente. En una jornada puedo pasar de mi espacio habitual (el barrio, por ejemplo) a mi espacio profesional, y después a mi espacio de ocio, sin dejar en ningún momento el territorio.

Es importante tener en cuenta esta realidad espacial que permite a personas que se sienten «no integradas» en una sociedad global tomar conciencia del hecho de que existen espacios donde ellos están bien integrados, y que ellas menos integradas en su lugar de origen, que se ha convertido en espacio para otros. La concepción moderna permite también concebir la humanidad de otro modo, dividida en grupos homogéneos encerrados en fronteras y culturas englobantes, sin tener por ello que temer una humanidad unificada, sin diversidad.

La concepción tradicional del espacio explica el temor hacia la tierra de donde uno es, donde están enterrados los antepasados; un amor que, para un habitante de ciudad, es difícil de entender, así como no comprende cómo los emigrantes pueden gastarse sumas considerables para transportar los cuerpos de sus difuntos al país de origen; concepción que explica también su reticencia a adoptar la nacionalidad del país que los acoge; las sociedades se consideran yuxtapuestas y exclusivas, se es de una de ellas y no de otra; el paso de una a la otra es considerada una traición, cuando en realidad se es de una bajo ciertos aspectos y de otra en otros planos.

La noción de distancia está fuertemente sometida a la influencia de las culturas. Uno dice: «está lejos» donde el otro diría que «está cerca». Muchas personas que llegan de zonas rurales desean vivir en el centro de la ciudad, a ser posible cerca de su trabajo, ya que en el campo el hábitat y el trabajo están muy cerca; no se tiene la costumbre de recorrer largas distancias de un sitio a otro. Algunos prefieren circular en el interior de un perímetro que conozcan, utilizando los medios de transporte con los que están familiarizados.

Muchos franceses se sienten incómodos en sus conversaciones con los africanos, y sobre todo con los magrebíes, porque sus interlocutores se ponen muy cerca de ellos, les cogen el brazo y les hablan muy cerca de la cara. Por el contrario, los asiáticos se mantienen siempre distantes, y si alguien pretende acercarse a ellos, se retiran. Los

franceses se sienten agredidos por los africanos que se les acercan y los asiáticos se sienten agredidos por los franceses debido a los mismos motivos. Lo que sucede es que cada cultura prescribe una cierta distancia a guardar en las conversaciones -la proxemia-. Pero en cada cultura esta distancia es diferente y se guarda inconscientemente. En sus relaciones sociales, cada persona está rodeada por una especie de burbuja que el otro no debe atravesar bajo riesgo de provocar un sentimiento de agresión. Por el contrario, si el interlocutor se mantiene a una distancia superior a la burbuja, es considerado como distante.

En las culturas donde la burbuja es reducida, las personas se tocan fácilmente, incluso los hombres. Si la burbuja es voluminosa, se saludará de lejos: se guardarán las distancias y no se tocará. De modo general, entre los hombres a menudo se dará la mano, al igual que las mujeres. Pero en público un hombre no dará la mano a una mujer.

El recorte del espacio en una cultura donde el individualismo predomina no es el mismo que allí donde el individuo existe primero en el grupo. En el primer caso, un individuo podrá amar el recoveco de un piso, donde sus vecinos no se mezclan demasiado en su vida. El buscará la felicidad para sí mismo y para su pequeña familia; cierta soledad y silencio son parte del reposo. Esto funciona de otra manera en una sociedad más comunitaria, donde los individuos sienten horror al vacío, al silencio que representa para ellos la ausencia de los otros.

Ellos no existen más que en la relación con los otros, y la ausencia de los demás es insoportable. Las intromisiones en la vida privada mediante las puertas abiertas y la ausencia de tabiques aislantes no molesta tanto como a los habitantes de la vida moderna; no se trata del sistema «cada uno en su casa» o «cada uno para sí mismo». Por el contrario, existen grupos que se molestan fácilmente con los ruidos de al lado: están habituados a trabajar con las puertas cerradas para estar tranquilos y no soportan las intrusiones que podrían interrumpir su concentración.

Los otros no siempre se corresponden con la imagen que tenemos de ellos. Afortunadamente. En una misma población se encuentran personas que pueden trabajar con el ruido y las corrientes de aire y otros que no. Pero hay tendencias con más frecuencia presentes en unos que en otros. Esta observación sirve para todo lo dicho en este documento.

Las nociones de grande y pequeño dan lugar a apreciaciones cualitativas diferentes, según se trate, por ejemplo de un oriental que cuida su bonsai o de un americano a quien agrada adorar la secuoya más grande del mundo.

Las nociones de «alto»y «bajo»pueden tener diferentes connotaciones: si para los cristianos, el cielo está en lo alto y el infierno abajo, y del mismo modo, para los habitantes del sudeste asiático,¹⁰sagrado aumenta con la altura, para los indios de América, lo bajo no tiene nada de espantoso o despreciable.

La acotación del espacio de los hombres separado del espacio de las mujeres existe en numerosas culturas. Existe también en Francia, donde en muchas ceremonias de funerales en ciertas iglesias rurales, los hombres se agrupan a la derecha y las mujeres a la izquierda. En la sociedad tradicional, el mundo interior está reservado a las mujeres y el espacio público es ocupado por los hombres, teniendo cada grupo su espacio negado en el otro grupo. Este fenómeno no es propio exclusivamente de los pueblos, la sociedad tradicional puede existir también bajo las pequeñas casas o en barrios periféricos a las puertas de nuestras ciudades modernas.

Los espacios dominados por una familia (la casa, el hogar) o por un grupo (pueblo o ciudad)tienen generalmente un centro. En las ciudades árabes, además de musulmanas, toda la actividad se reagrupa alrededor de las casas. En el sudeste asiático, el centro es el altar familiar, incluso si se encuentra colocado en un rincón del salón: nunca se le da la espalda. En las culturas tradicionales, los centros suelen ser lugares religiosos: la alfombra de prior, o el altar doméstico, o el lugar de peregrinaje, o una tumba. En las ciudades modernas, la actividad económica, política y administrativa se suele situar también en el centro de la urbe. La perspectiva en el dibujo es una invención accidental que data del renacimiento: la reproducción con la perspectiva que el perceptor supone inmóvil al espectador. Puede ocurrir por medio de las líneas convergentes. Si tiene que dibujar una calle, él puede sentir la tentación al dibujar cada casa como si el espectador estuviese paseando y se sitúa sucesivamente frente a los diferentes objetos.

El cuerpo.

Mi cuerpo es el puente de unión entre el medio ambiente y yo. Mi cuerpo es el que me permite entrar en relación con los demás y quien permite a los otros conocerme. A través de mi cuerpo puedo manifestar quién quiero ser y doy una impresión de lo que soy, a quién o a qué me quiero parecer; hecho que permite a los demás juzgarme. Mediante mi cuerpo, yo entro en comunicación.

El aspecto de su cuerpo, a lo que se pretende parecer, la idea que se quiere dar de sí mismo, está, pues, relacionado con un cierto modo de hacer hablar a su cuerpo. a través de las posturas, mímicas, palabras, cabello, vestimenta, maquillaje, etc. Este lenguaje está codificado, como los otros y como lo está el uso del sentido.

23.1. Alimentación, vestimenta, sexualidad y cabello.

El almuerzo no tiene en todas partes el mismo significado: en Francia, cuando se invita a alguien se le invita a una comida. En otros países, se contentan con ofrecer un aperitivo, o bien se le invita al café matutino o al té de la sobremesa, En este caso, invitar a alguien a un almuerzo es un hecho excepcional. Comer bien, tener «buena salud», como se dice, (que comprende tener, según nuestras normas, algunos kilos que perder) es un signo de riqueza. Estar flaco es, entonces el privilegio de los pobres.

Los hábitos alimenticios³se indumentarios significan a menudo sujeción a una cultura diferente de la dominante, Durante los días laborales, en la vida de ciudad, se siguen los hábitos impuestos por el trabajo, los bares o el dinero que gastar. Pero llega el momento del ocio y ahí es donde aparecen las costumbres y platos del país. Este regreso a la tierra o al ambiente familiar de antaño, hace feliz. Por ello, en numerosas escuelas de preescolar o primarias en Francia, los intercambios culturales comienzan por las costumbres y los alimentos típicos. Los extranjeros, frecuentemente en situación de inferioridad, encuentran una ocasión de valorarse y colaboran en este tipo de fiestas, habitualmente como voluntarios. Por el contrario, son raros los franceses que presentan sus regiones, sus tradiciones culinarias a los extranjeros, como si sus costumbres fuesen naturales y no

hiciese falta presentarlas, aunque sus campos se prestan eminentemente a practicar la reciprocidad que relativiza cada costumbre.

Todos los pueblos del mundo conocen los tabúes en el campo de la comida. Éstos no son de orden racional y no pueden desaparecer por el simple argumento de la racionalidad. Con frecuencia, estos tabúes está ligados a la religión popular, aunque haya que ir más allá a la hora de buscar el origen de sus causas, como por ejemplo en el complejísimo sistema que administra los conceptos de pureza e impureza. Las explicaciones aducidas al respecto pueden parecer bastante fantasiosas y no consiguen convencer al racionalista cuya afectividad no se encuentra afectada por los mismos tabúes. En los medios populares, los tabúes son una obra maestra de la afirmación de su identidad, y la religión popular incluso los considera signos esenciales de incorporación a una cultura o un medio.

Los tabúes relacionados con la vida sexual no son los mismos en todas partes. Existen sociedades donde los transexuales y los homosexuales se encuentran bastante cómodos. Las sociedades judeocristianas relacionan frecuentemente pecado, culpabilidad y sexualidad, mientras que esta concepción es desconocida para los árabes. Muchas fantasías, expresadas por los estereotipos que desafían toda objetividad, circulan por todos los pueblos para calificar a los demás. La extrañeza por la sexualidad del otro refuerza aparentemente el deseo.

En el terreno alimenticio, los tabúes producen con frecuencia verdadero asco, que hace que aquellos que no los respeten sean considerados auténticos bárbaros. Por ejemplo la denominación "frog" en los países anglosajon es remite a los bárbaros franceses que se comen las ranas; quienes comen ostras reprochan a los japoneses el comer pescado crudo; y a los que les gusta el budín no comprenden, sin embargo, a los Khmers, que prefieren la sangre cuajada.

Los estereotipos versan frecuentemente sobre la comida: aquellos que comen cosas distintas son tratados de bárbaros. Como en la sociedad tradicional «la curiosidad es un defecto villano», es natural que la población de origen rural se resista con más fuerza que la de origen urbano a las innovaciones culinarias.

La forma de vestir es importante en la medida en que es el medio de demostrar a los demás lo que se quiere ser. Relajada o formal, seductora o reservada, perteneciendo a un

determinado grupo social o profesional (ej. el uniforme). Existe un lenguaje del vestir en cada cultura: se puede ser fácilmente sospechoso de faltar al respeto por negligencia, sobre todo en presencia de personas que intentan dar la mejor impresión posible. En una cultura, o un medio donde el orden jerárquico es importante, el hecho de llevar uniforme puede ser bastante apreciado.

La forma de vestir puede ser también provocativa, a propósito o involuntariamente. En todas las culturas no se ocultan las mismas partes del cuerpo con el mismo esmero; al contrario, el hecho de desvelar ciertas partes puede considerarse como un intento de seducción o un acto de provocación, lo que es provocativo en una cultura no tiene por qué serlo en otra.

A veces, es fácil sorprenderse de la importancia añadida al cabello, que expresa fácilmente la pertenencia a un grupo (rockeros, skin heads) o sexo (largo para las mujeres y cortos para los hombres), e incluso acentúan la diferencia sexual (barba, bigote, depilación). Un peinado masculino bien dominado representa el orden, mientras que el pelo largo en estos representa el desorden, la naturaleza indomable. Un fular puede servir para ocultar este tipo de desorden. Y, por ejemplo, en Asia del Sur, la perilla se reserva para los «viejos», siendo considerada una señal de sabiduría.

23.2. La totalidad del cuerpo.

Todos los pueblos no entienden la totalidad del cuerpo de la misma forma: aquí por ejemplo, las costumbres delimitan las pertenencias sociales o religiosas, remiten a los otros al reino de los bárbaros, mientras que las costumbres populares de su propio medio son juzgadas con bastante tolerancia.

23.2.1. Cuerpo individual y cuerpo colectivo.

Lo que es especialmente difícil de comprender y de tolerar es que los individuos no puedan disponer libremente de su cuerpo. En una tradición donde es la sociedad quien por la vía jerárquica dispone del cuerpo de los individuos que la componen, no se da la propiedad privada del cuerpo. Es el grupo quien tiene la potestad. Así, el cuerpo individual

se convierte en un lugar donde se realiza el destino del grupo; en esta concepción del cuerpo, el matrimonio, el nombre de los niños, las señales corporales de pertenencia no señalan la libre elección del individuo. El cuerpo individual pertenece siempre a un cuerpo más colectivo y no sabría existir por si mismo.

Es en este campo donde se plantea la pregunta de hasta dónde se pueden tolerar ciertas prácticas (lo que muestra que en nuestra cultura el valor del respeto por la totalidad del cuerpo es primordial) y si se tiene el derecho de interferir en la cultura de los demás. La respuestas a estas preguntas no son fáciles, la vida de dividir un nuevo colonialismo cultural y la necesaria adaptación a un entorno es estrecha.

Las escarificaciones (pequeñas incisiones en la piel) significan normalmente una pertenencia. En una sociedad donde los documentos de identidad y las tarjetas de visita son raras o recientes, es la escarificación lo que denota la pertenencia a un grupo determinado. Otras marcas pueden indicar la pertenencia a una religión (un punto rojo, como un tercer ojo para los hindúes, la circuncisión para los judíos y los musulmanes), a una cultura (la escisión en las mujeres africanas) o a un grupo social (los tatuajes). Incluso si estas prácticas sobre el cuerpo tenían otro sentido inicialmente, hoy día persisten porque el individuo no quiere destacar sobre los demás miembros de su grupo. No es solamente la intervención física lo que nos perturba, está también la cuestión de inscribir de forma indeleble una pertenencia, ya que nosotros defendemos el derecho de poder cambiar de pertenencia y no consideramos ninguna como exhaustiva.

El nacimiento es un hecho rodeado de numerosas precauciones en todas las culturas. El recién nacido es vulnerable, hay que evitar exponerlo a los malos espíritus. Así, a las mujeres africanas no les gustan que le digan que están embarazadas o, que una vez nacido el bebé, se vuelque toda la atención sobre él diciendo que es bonito o bueno... En estas culturas se temen y se veneran todos los nacimientos extraordinarios: gemelos, albinos o niños que las madres dan a luz después de que uno nazca muerto.

La vejez no es tan temida en las sociedades rurales como en las industriales. Entre los ancianos está cerca el convertirse en un antepasado, el haber visto y vivido muchas cosas, lo que conlleva la madurez de juicio, la sensatez. La tercera edad no es un período improductivo, al contrario, es una situación envidiable. El ser llamado «viejo» o «vieja» es

un honor. Por el contrario, morir joven es señal de un desorden grave. Morir a una edad avanzada no es en absoluto un escándalo, es algo natural.

23.2.2. Enfermedad y muerte.

La enfermedad y la muerte no son vividas de igual forma en todas las culturas. Cada cultura tiene sus patologías preferidas: así, los franceses sufren del hígado, los holandeses del estómago y los magrebíes de la espalda. El centro de los sentimientos se sitúa unas veces en la cabeza, otras en el corazón, otras en el intestino... Un extranjero quizá no llegue a comprender por qué un francés que dice tener «mal de corazón» no va a consultar a un cardiólogo.

La población de origen rural se toma la fatiga y el sufrimiento con más filosofía que la población urbana, que es bastante sensible al dolor físico y lo considera como anormal. En las sociedades modernas además se les confían siempre los trabajos duros y penosos desde el punto de vista físico a los que acaban de llegar del campo, trabajos que éstos aceptan durante cierto tiempo. El sufrimiento y, en especial, la fatiga son «normales».

La enfermedad y la muerte prematuras son frecuentemente vividas como las consecuencias de un desorden moral o social (ej. por los africanos) o del orden cósmico (los asiáticos).

La investigación de las causas no se efectuará en los laboratorios sino en el seno social que ha causado el desorden que produce esa anomalía, la epidemia o la muerte prematura. Al mismo tiempo, por razones de seguridad se consultará al médico occidental, pero frecuentemente enfrentado al curandero tradicional.

La enfermedad de un individuo afecta a toda la familia y amigos. Es necesario que todo el grupo esté constantemente presente, como si esa presencia fuese el remedio principal, lo que resulta lógico en una cultura donde sin eso se podría atribuir el disfuncionamiento físico a un desorden social que también hay que arreglar.

En todas las poblaciones hay personas que temen que alguien les pueda traer mala suerte e intentan no darles ninguna de sus posesiones porque entre los medios que estas personas utilizan para atraer la mala suerte están el nombre, algunos gestos y la fotografía. En Francia se conoce también la utilización de la muñeca que a la que se traspasan los ojos o el corazón.

En general, aquellas personas que creen en estos fenómenos prefieren no hablar de ellos.

En algunos casos, se puede observar una cierta resignación o fatalismo: si la persona piensa que toda vida es un don de Dios (o de un dios) que éste puede retirar cuando quiera, puede haber quizás una cierta actitud pasiva ante la enfermedad, es el caso, por ejemplo, del SIDA en África. Así, en una concepción paralela, la persona no ve el interés de una vacuna, ya que vivir o sobrevivir no depende de la ausencia de virus o microbios, sino de la actividad de los espíritus o de un dios. El fatalismo no conduce sino a aceptar, más o menos rápidamente, que en última instancia el hombre no es dueño absoluto de su destino.

23.2.3. Cuerpo y cosmogonía.

Las diferentes partes del cuerpo no son tratadas con el mismo respeto en todas las culturas. Los pies, que son el objeto de solicitud para los africanos son despreciables para los asiáticos, que por el contrario no tocan jamás la cabeza del otro. Para estos últimos, la cosmogonía atribuye gran valor a todo lo que se sitúa en altura, mientras que los africanos, los indios de América y los aborígenes de Australia, veneran la tierra como algo sagrado.

23.2.4. El cuerpo y el prójimo.

En una sociedad donde hombres y mujeres viven en mundos separados es difícil concebir que un médico varón pueda examinar a una mujer. En las diferentes culturas, los criterios seguidos en cuestiones como la desnudez o la decencia no son los mismos. En África lo alto será menos cubierto que lo bajo, en Asia al contrario, en Francia...En cada país existen lugares donde la desnudez está tolerada: en el arte, los museos, los hammams (casas de baños árabes), las playas, las duchas, los estadios, las saunas, la publicidad.. y no fuera de esos lugares. Un pueblo juzga como decadente a otro porque estos criterios no son iguales. Se teme al extranjero que tenga una fotografía de alguien y algunas personas no quieren que nadie tenga su retrato ni siquiera para las gestiones administrativas. La cosa se agrava cuando se trata de una radiografía que muestra el interior de una persona, su alma quizás.

La relación diferente con el cuerpo se manifiesta por la presencia o ausencia de caricias. de contacto personal. En algunas culturas, las personas, sobre todo del mismo

sexo, se tocan con cierta facilidad; así, los niños tienen bastante contacto corporal con los padres y tanto la aprobación como la desaprobación no pasan por las palabras sino por el cuerpo. El castigo corporal se considera normal. En otras culturas, con Suecia a la cabeza, cualquier tipo de castigo corporal es duramente sancionado por la sociedad. En estas culturas el lenguaje corporal es excepcional.

En algunas culturas no se maltrata a los niños. La cultura pone los límites de las sanciones corporales y canaliza las expresiones de la violencia. Hay que hacer la distinción entre lo que atañe a la cultura y lo que atañe a la patología, distinción que no siempre se efectúa en la práctica, porque ciertos códigos culturales tienen en su base factores cercanos a la patología que pueden perdurar para explicar para justificar un comportamiento sobre todo patológico. Hemos dicho que la patología traduce un desequilibrio entre elementos culturales complementarios en tensión. En el caso de los castigos corporales están por un lado la expresión de la afectividad o de la indignación por el cuerpo y, por otro, el respeto por los cuerpos individuales. Cada cultura fija la línea divisoria. La patología aparece cuando uno de los dos elementos es abolido.

Los criterios de belleza varían también de una cultura a otra. En una región donde la tradición familiar lleva a las mujeres a tener muchos hijos, una mujer bella es una mujer fuerte. Esto corresponde a la creencia de que una mujer fuerte puede tener más -y más fácilmente- hijos que una mujer débil. En nuestros días, los cánones de belleza occidental aconsejan a la mujer (el hombre está universalmente exento de este ejercicio) ser joven y delgada; en el África tradicional se prefiere la madurez y las curvas, como en Europa en la época de Rubens. En África, tanto en los hombres como en las mujeres, se prefiere mostrar que se tiene para comer; la delgadez de los europeos prueba que ellos son pobres y no gozan de buena salud.

En 1986, el modisto tunecino az-Zedin al-laia obtuvo el primer Osear de la moda en París inspirándose en la tradición «yal-laba» que, según las críticas, hacía resaltar las curvas.

Vivir juntos.

Dentro-Fuera.

Un entorno inusual es para muchas personas una fuente de angustia. Aquel que ha debido mudarse tiende a reproducir su medio familiar, tranquilizador, puede estar perturbado por llegar a un ambiente donde no se vive la casa de la misma forma y donde los conceptos de dentro y fuera no coincidan con aquellos que ya conocía de antemano.

31.1 Dentro.

Puede que, durante un tiempo, no haya sillas o mesas dentro de una casa, y que hacia el exterior se comporten como si aún estuvieran en su lugar de origen. Hace falta tiempo para habituarse a la utilización de muebles, para adaptarse al acondicionamiento impuesto del espacio, a la separación de lugares para descansar, dormir o cocinar. Siguen vivos los estereotipos acerca de las poblaciones que almacenan el carbón en la bafiera y crían conejos en el balcón.

En conjunto, pocos extranjeros saben como se organiza el interior de una casa en Francia; son numerosos aquellos que tras una estancia de 10 o 15 años no han entrado nunca en una casa habitada por una familia francesa. Se hacen una idea a través de revistas o de la televisión, un poco como los europeos que «conocen» la vida americana a través de «Dallas» o «Dinastía».

Pero incluso los franceses provenientes de medios diferentes no saben cómo se organiza el interior de las casas de los demás. Para las personas que vienen del campo, es un enigma saber dónde matar los pollos o dónde almacenar las patatas. Y es difícil entender por qué no pueden poner a secar fuera la ropa interior. Un chalet con un pequeño jardín es mejor para ellos, más aún cuando los apartamentos franceses responden raramente a las necesidades de las familias numerosas.

El alojamiento social¹⁹ de barrios periféricos está pensado para familias nucleares; hay que alejarse de los centros urbanos para encontrar conjuntos, donde haya muchos pisos de cuatro o cinco dormitorios. Las familias numerosas, que casi siempre son familias africanas o turcas, se reagrupan allí, quieran o no. Hay que alejarse del centro urbano para encontrar una casita que sea más adecuada, ya que permite el cultivo de tomates y la cría de gallinas y conejos. Además, los niños pueden jugar fuera tranquilamente.

Frecuentemente, los grandes pisos sociales están lejos de los centros de actividad, incluso de lugares de formación. El transporte puede ser largo y originar más cansancio. En cambio, en el campo trabajo y vivienda están cerca. Sin embargo, se intenta encontrar una vivienda en el centro de la ciudad, aunque sea antigua. El mínimo trabajo intelectual exigido por la formación resulta difícil en tales condiciones.

La distribución de la casa está pensada para un tipo determinado de familia, por lo que el modelo francés impone trabas que son difícilmente superables o comprensibles, tanto para extranjeros como para los nacionales que vienen del campo.

La distribución del espacio puede variar de una cultura a otra, igual que lo ha hecho en el tiempo. No hace mucho, era impensable una distribución de espacios urbanos en barrios según la clase social: los ricos vivían abajo y los pobres arriba de la escalera. Cuando había muchos criados, el comedor estaba lejos de la cocina.

A la hora de encontrar un alojamiento bastante amplio, no sólo las familias numerosas traen problemas, sino también los asiáticos, que tienen familias de tres generaciones: los abuelos forman parte de la célula familiar y normalmente viven bajo el mismo techo que sus nietos, ya que tienen que educarlos. Los padres del sudeste asiático están molestos por no tener sitio para los abuelos cuyo papel con los nietos es esencial.

Los africanos polígamos juntan en un piso de dos habitaciones dos o tres mujeres, que en África vivirían separadas. En los pueblos del Magreb, las mujeres tienen a veces un patio donde reunirse ya que en esta sociedad las mujeres viven juntas, por lo que resulta frustrante la falta de este espacio. Entonces, la solución para poder reunirse entre mujeres o compatriotas es asistir al curso de formación del barrio.

El cuidado de la casa no concuerda con familias que están acostumbradas a construirse una nueva casa rudimentaria cuando la antiguase derrumba. El hábitat francés

¹⁹ N. de T.: el alojamiento social es una especie de vivienda de protección oficial pero de bajo alquiler.

está construido para varias generaciones pero con la condición de cuidado. Mas no siempre es así.

Los franceses inventaron normas para determinar la superficie mínima que debía tener un hábitat para que se considerara decente: tantos metros cuadrados por tantas personas. Esas normas son extrañas para poblaciones que parten del principio de no dejar a nadie fuera por la noche, y les importa menos que a los occidentales tener gente extraña en su casa, incluso cuando son demasiado numerosas para las normas francesas.

31.2. Fuera.

El exteriores, en los países calurosos, el lugar de estancia habitual. La casa sólo sirve para dormir o para cuando llueve. Siempre hay sitio porque el interior es un lugar de tránsito. La vida transcurre delante de todo el mundo. De hecho, hay entre ellos una gran proximidad física y afectiva e incluso promiscuidad. La necesidad de espacio personal. de intimidad sólo se produce después de haber llegado a la ciudad.

Es importante conocer a los vecinos pero, según la cultura, no se sabe muy bien quién tiene que dar el primer paso. Los africanos toman más la iniciativa que los asiáticos que tienen miedo de molestar.

Cuando se trata de barrios periféricos, los franceses distinguen los espacios privados de los públicos. hablando también de espacio semipúblicos. Esta distinción no es clara para alguien que cree que todos los espacios son públicos excepto los que tienen un muro, una reja o un guardia que prohíbe la entrada. El espacio público es de todos. y cada uno puede disponer del mismo según su voluntad

En los países donde hay sol y donde la casa es muy rudimentaria, normalmente los niños están fuera. La casa no está acondicionada para que los niños estén en ella.

Las personas que vienen de algunos pueblos guardan cuidadosamente las bolsas de plástico y las botellas vacías para utilizada varias veces. El resto de la basura, incluso a veces excrementos, desaparecen automáticamente por la acción del sol que lo seca todo y de los animales que se comen los restos. Todo el mundo no entiende de momento que. en las afueras francesas, la basura no desaparece de manera «natural»y que las bolsas de

plástico y las botellas, que nosotros no necesitamos conservar, deben ponerse en lugares previstos para eso.

Ruidos. Olores. Sabores.

Los ruidos y los olores son también signos de la presencia de los demás, si bien no molesta en el transcurso del día, sí lo es cuando se quiere estar, a la francesa, tranquilo en su casa. Los demás imponen su presencia en horas que no son las nuestras. A esto se suma que en la cultura europea se duerme a horas fijas, en la oscuridad y en silencio. La ruidosa presencia de los demás y la luz del día impiden dormir, lo que no es un dato cultural universal. Hay países donde la falta de ruido o de luz son signos de ausencia por lo que es angustioso y puede impedir el sueño. En cambio, el ruido y la luz manifiestan la presencia de los demás, lo que es tranquilizador. Los ruidos y los olores son factores importantes en las relaciones humanas, sobretodo en las de vecindad. Son también muy subjetivos. En las distintas culturas se aprende a distinguir ruidos, olores y gustos y a clasificarlos como buenos o malos. En algunos lugares, se acostumbra uno a ruidos y olores que ya no molestan, igual que a un mecánico, al cual le gusta su trabajo y no está molesto por el olor de la gasolina.

Hay ruidos y olores que forman parte de nuestro ambiente habitual, de los cuales ya no sentimos los efectos. Cuando alguien dice que oye algo es que oye algo inhabitual: un sonido distinto o una intensidad más fuerte. Es en ese momento cuando se produce una sensación agradable o desagradable. Pero en muchos casos ya no entendemos la mayoría de los ruidos.

Ruidos, olores y gustos son ante todo recuerdos, referencias al pasado, a la niñez. Nos puede gustar o no reencontrarnos con esos ruidos conocidos porque están asociados a eventos o presencias agradables o desagradables. Los olores recuerdan a la cocina familiar casera, y a menudo a la madre. Por eso, a las personas que han cambiado de lugar (o sólo de lugar familiar) les gusta comer platos hechos como antes los hacían sus madres. Lo mismo ocurre con los olores. Todas las poblaciones tienen un olor específico, sea por la influencia del clima, sea por la alimentación, el tratamiento de la piel o por otras razones. Las personas que viven siempre juntas ya no lo sienten. Sin embargo, los extranjeros sí la

perciben. Por esto, los africanos dicen que los blancos «huelen a muerte». En este caso también gusta volver a encontrarse con los olores de la niñez.

Este olor específico puede agradar o desagradar. Muchas veces depende del grado de simpatía que tiene uno hacia el extranjero. Lo mismo para los gustos, una comida diferente ofrecida por los simpáticos vecinos tendrá mejor gusto que la misma comida en un restaurante sórdido, y se llega más fácilmente a soportar los inusuales olores de la cocina del vecino que la del restaurante sin interés. Las buenas relaciones con el vecindario pueden hacer olvidar los ruidos y olores que tenían que soportar hasta conocer a los simpáticos autores.

Valores.

Laicismo –Religión.

Aunque reciente, el laicismo es un valor fundamental en la sociedad francesa. Supone el confinamiento de las manifestaciones religiosas a ciertas esferas de la vida. Encerrar lo religioso en la vida privada no forma parte de las tradiciones de una sociedad unida, donde todo está alrededor de la religión, y donde la autoridad suprema es una referencia (o reverencia) religiosa. Gestos de la vida cotidiana son justificados con frases como: «está en nuestra religión», aun cuando en los textos sagrados no haya referencias a ello; en este caso, todas las tradiciones están sacralizadas y encuentran justificación en esta sacralización.

41.1. Autoridad.

Los cambios de comportamiento y la relativización de valores chocan en muchas conciencias marcadas por la tradición, con el carácter imperativo, absoluto, que confiere la religión popular a los actos de la vida cotidiana.

La autoridad que se impone a ellas no es la de un consentimiento común, sino que viene de otro lugar: no se trata de autonomía sino de heteronomía. El hombre medida de todas esas cosas, todavía no ha pasado por eso. De ahí que los educadores se puedan sorprender de la resistencia(muchas veces pasiva o irracional)ante tal o tal petición...Es que hay otros factores que el educador desconoce, pero que son reales para el que está aprendiendo. El educador hará bien en conocerá grandes rasgos el contenido de las principales religiones; pero como en ellas hay tantos elementos populares, que no son oficiales, el que no está iniciado pierde el hilo.

Muchas veces, el mismo creyente tiene dificultades en explicar por qué hizo tal o tal cosa: forma parte de la práctica, siempre se ha hecho así, y la transmisión está acompañada

de una fuerte carga afectiva y simbólica, destinada a que «nosotros» seamos distintos de «ellos».

En muchas culturas no conciben que alguien pueda ser «ateo». Como la religión está en todas partes, como forma parte de la vida pública, como todo el mundo está de acuerdo con eso, es importante clasificar a alguien según su religión, y esa pertenencia coincide muchas veces con una nación, una etnia, una familia. Declarar públicamente su pertenencia a una religión es también una forma de rechazar su identidad, incluso de oponerse a otra religión. De acuerdo con esta concepción todos los europeos del oeste son cristianos.

La tendencia mayoritaria de esas personas de asimilado todo a la religión corresponde a la tendencia de las grandes religiones a institucionalizar, y al mismo tiempo canalizar, las costumbres ya existentes. Las relaciones entre hombres y mujeres, tal y como son dirigidas en el Islam, son una reedición revisada y aumentada del estatuto de la mujer árabe de la época anterior a Mahoma. Las castas en el hinduismo provienen de una antigua estructura social. La Navidad para los cristianos (con su árbol) es una fiesta pagana bautizada. Entonces vemos que cultura y religión están íntimamente ligados en sus orígenes: en teoría es la Europa Occidental la que ha terminado por separadas.

41.2. Tabúes.

La mayoría de las religiones ponen de relieve la exigencia de pureza, y de hecho han elaborado clasificaciones de seres vivos, objetos y actos, entre los cuales algunos tienen que evitarse porque son impuros. Esta elección está frecuentemente en relación con una cosmogonía, que eventualmente no excluye la posibilidad de coger por cuenta propia, sino bajo una forma mítica, reglas elementales sobre higiene social y personal. La necesidad de consenso es una de las formas de higiene social. Es importante evitarlos conflictos para que las sociedades cuyos miembros viven en una gran interdependencia subsistan. Se tiene que hacer todo lo posible para mantener la apariencia de consenso. Hay temas que no deben abordarse porque siembran discordia. Incluso en algunas familias francesas, hay temas que nunca son tratados.

Ignorar esas reglas puede incomodar a ciertas personas; tendrán que defenderse o atacar... ¿Toda verdad se puede decir?

Algunos temas tienen trampas: todo lo que está en relación con la alianza política, el poder, el sexo, y muchas veces el dinero. No hay que recordar una historia conflictiva entre naciones en presencia de una persona natural de esas naciones. Es como meter los dedos en la llaga: todo ciudadano de una nación, si está con extranjeros, se siente obligado a defender su país.

41.3. La naturaleza.

En el ámbito industrial, el hombre intenta dominar el mundo; todo límite impuesto a su conocimiento le es insoportable: no quiere dejarse dirigir por «la naturaleza», que es concebida como un adversario al cual hay que vencer. La naturaleza occidental está desacralizada, tratada como un objeto («un bodegón») del cual más o menos, no formamos parte. Lo ideal es de no tener en cuenta las leyes de la naturaleza.

Distinta es la actitud del hombre que depende en gran parte de la naturaleza inmediata, del sol, de la lluvia, de la generosidad de la naturaleza. Ésta lo engloba y tiene que convivir con ella, respetada y aceptar los límites que impone.

Los habitantes de la ciudad quieren explotar y controlar la naturaleza; los campesinos vivir con ella. Los primeros no se preocupan del equilibrio de la naturaleza en sus intercambios con ella; los otros saben que hay que convivir de buena fe, y que es mejor someterse de buena gana ante los inexorables acontecimientos. En nuestra sociedad, queremos protegernos de todo, si el Estado no subviene a cualquier eventualidad. Este efecto es el contrario al de las sociedades tradicionales, donde cualquier accidente es asumido sea por el grupo familiar, sea por la comunidad del pueblo. Muchos nativos del campo no son los mejores clientes de las compañías de seguros.

Cuando la religión dirige ese realismo, de buena gana se atribuye a una divinidad lo que proviene de la naturaleza. Entonces se ve aparecer por todos sitios prohibiciones que en nombre de la religión y de la ley natural, impiden intervenir en tal o tal proceso de la naturaleza.

Incluso se podría creer que el orden social es fruto de la voluntad de una divinidad, como hemos podido comprobar en nuestras sociedades europeas. Pero en el campo de la formación, esta tendencia se manifiesta a veces más con una abdicación de la voluntad

personal hacia un juicio poco motivado del lugar de origen que supuestamente tiene que hacer respetar el orden natural.

De acuerdo con este pensamiento puede estar mal visto prever proyectos a largo plazo, porque desafiaría a la naturaleza o divinidad, y para cualquier proyecto a corto plazo es bueno añadir: «Si Dios quiere».

Con ideas similares, los asiáticos han cultivado desde hace milenios las relaciones con la naturaleza, como se pone de manifiesto en los sistemas filosóficos, religiosos y morales que nacieron en Extremo Oriente. El ideal es vivir en simbiosis con la naturaleza, de la que somos parte integrante. Transgredirlas leyes cósmicas provoca unos desequilibrios que los distintos sistemas de medicina, siempre con aspectos religiosos, filosóficos y morales, intentan restablecer.

En Asia se suele tener en cuenta para todos los acontecimientos importantes el estado de las fuerzas naturales en presencia, representadas por el ciclo anual de doce animales y el ciclo semanal de otros siete. Estos ciclos intentan establecer las incompatibilidades eventuales, tal y como se hace a menor escala en los horóscopos occidentales. Los ciclos deben permitir igualmente fijar las fechas favorables para las celebraciones, por ejemplo el matrimonio. Este cálculo exige una especialización mayor que la de los campesinos occidentales, que no querían casarse en el mes de mayo (mes de la virgen María).

Como aspectos positivos, lo que a menudo se llama «fatalismo» permite progresar a un ritmo que no rompe el equilibrio global: lo importante no es el éxito sectorial o individual, sino el adelanto general de todo el entorno. No poner en peligro este equilibrio frágil (social o cósmico) es más importante que conseguir un progreso inmediato, que quizás a largo plazo no sea favorable. En este caso, no se le da la misma importancia a una educación paciente.

La lengua francesa asimila a menudo resignación a fatalismo. Efectivamente, es posible que bajo el pretexto de la naturaleza o de la voluntad de Dios se esconda una falta de valor o de previsión. Esta connotación negativa nos viene de nuestra tradición de Prometeo y de la oportunidad de proclamar el mito del progreso. Cierta concepción de respeto por el orden natural podría, no obstante, ayudar a concebir este progreso de manera más global, más universal, y a largo plazo.

41.4. Público y privado.

La sociedad holista sólo puede sobrevivir en la homogeneidad. Por consiguiente, la adhesión de todos sus miembros a un mismo sistema de valores es públicamente requerida. En este tipo de sociedad, los partidos únicos lo tienen fácil. La estructura de poder suele ser piramidal, con el patriarca o los notables en la cima, los más próximos a las fuerzas celestes, aconsejados a su vez por las autoridades morales, y que delegan su poder en los jefes de familia. No es evidente para una persona pasar de un sistema a otro. Particularmente, para los jefes es duro ver cómo sus prerrogativas son discutidas por el estado de derecho, sobretodo por el uso del derecho de vida o muerte, o más generalmente, cuando se trata de defender el «honor».

A partir del momento en que este comportamiento común constituye una base esencial para la unidad de la sociedad, conviene manifestar públicamente esta adhesión: los ritos que refuerzan la unidad del grupo tienen esta función.

Funciona de otro modo en la sociedad moderna, en la que no son la supervivencia y la cohesión de la sociedad lo que cuentan, sino el beneficio de los individuos. La sociedad tiene entonces que reconocer las opciones fundamentales de las personas, y el Estado, que asegura la unidad y la gestión, se limitará a una función administrativa. Esta administración está sujeta a corrección. Sus leyes, que no son sagradas, pueden ser modificadas por una mayoría de ciudadanos. La actitud hacia la autoridad sufre la influencia de uno y otro enfoque: actitud reverencial ante la autoridad en un caso, actitud crítica en el otro; sumisos y «gruñones».

41.5. Ritos mágicos.

Cuando en una sociedad tradicional hay cosas que no van bien, y sobretodo si ocurren catástrofes, hay que encontrar un culpable, cuyas infracciones tienen su origen en el castigo, en la venganza. Después, para curar la enfermedad o alejar la desdicha, hay que encontrar el remedio. Pero más vale prevenir: hacer a tiempo los sacrificios necesarios para

reconciliarse con el mundo de los espíritus y recurrir a tiempo y en todas las ocasiones a los genios especializados.

La búsqueda de un culpable y la necesidad de encontrar a alguien que expiar (o un animal que lo sustituya), es un proceso que conoció hasta hace poco tiempo nuestra sociedad. Por ejemplo, buscábamos «expiar» a través de los niños «naturales» la infracción que representaba una unión ilegítima.

Cada cultura conoce sus ritos y sus personajes destinados a sobrellevar las desdichas. Sin conocer el dualismo occidental de cuerpo y alma, se intentará sanar al hombre y no sólo «su» cuerpo. La curación consiste en su integración en la comunidad y en el cosmos del que proviene.

En Occidente, la ciencia y la bata blanca aseguran la prevención y la curación. El análisis de las desgracias intenta reconstruir la concatenación de las causas y actuar sobre la última causa encontrada. Esta última causa en la ciencia no es nunca una divinidad. Esto no impide que existan, paralelamente, toda una serie de prácticas que funcionan empíricamente y no de manera racional. Al lado de los médicos -que en nuestra sociedad ya nada tienen de religiosos- existe un mundo de prácticos que se considera conjuran las fuerzas maléficas o que son peligrosos porque pueden hacer daño echando un mal de ojo. Los genios que intervienen son entonces ambivalentes: tienen un lado bueno y un lado malo. Por el contrario, los prácticos empiristas -algunos de los cuales han alcanzado un coeficiente elevado de efectividad -pueden ser buenos o malos. Entre ambos se sitúan los especialistas en medicina «natural», que trabajan escrupulosamente con categorías inusuales en Occidente, y cuya práctica presenta la ventaja de no tomar el cuerpo humano únicamente como un mecanismo en el que se reemplaza o repara tal o cual pieza.

Los adheridos a tal o cual sistema difieren, pues, en sus prácticas de prevención o protección, o de curación. Éstas consistirán dentro de poco en vigilar escrupulosamente el estado de pureza, porque todo pecado conlleva su sanción. En el mundo de los genios o de las fuerzas de la naturaleza, la protección vendrá de los grisgrís o de los sacrificios ofrecidos a tiempo, y el restablecimiento de la salud, con el castigo de los culpables. En el caso de las medicinas naturales, se trata en un principio de no romper el equilibrio de las fuerzas cósmicas, y de restablecerlo si se presentan desequilibrios. Si la enfermedad se debe

a la trasgresión de una regla social, el pecador cae enfermo, pero puede ser reintegrado, y así curado, con la colaboración de toda la comunidad.

En todo caso, la imposibilidad con la que se encuentran personas originarias del campo, en Francia o en otros lugares, de realizados ritos necesarios y de encontrar los curanderos con los que están familiarizados, crea una angustia tal que puede dar lugar a viajes repentinos, o a gastos juzgados como poco razonables por los defensores de medicinas más científicas. Pero incluso los ciudadanos no son del todo racionalistas, si creemos en el éxito del oficio del vidente.

Honor-Cortesía.

42.1. El honor y la verdad.

En una sociedad en la que el individuo depende mucho de su entorno vital -entorno que le asegura más o menos todas las funciones de la existencia- la reputación de la que se goza es extremadamente importante. El individuo casi no tiene existencia fuera de su grupo; mientras que en la sociedad moderna, con su división del trabajo y sus medios de vida, el fracaso en una esfera de la existencia (la familia, el trabajo, la comunidad religiosa,...) puede ser compensado por el éxito en otras. Además, si alguien no es bien acogido en un entorno, no tiene la obligación de continuar frecuentándolo, puede trasladarse a otra esfera más gratificante para él, o romper sus relaciones y mudarse. La perspectiva de estar solo y ser dueño de su propia vida (individualmente) forma parte de su educación.

Este hombre de ciudad no comprenderá entonces por qué los aldeanos (en el sentido amplio de la palabra) dan tanta importancia a su reputación, a su rango, a su prestigio; al honor en el caso de los árabes, al «Dif» en el caso de los beréberes, al rostro en el caso de los asiáticos. El honor y el rostro son importantes para todos, y forma parte de las costumbres respetar las reputaciones de unos y otros. Aún sabiendo que suceden cosas irregulares, se cierran los ojos porque, si todo se dice, la vida en comunidad se hace imposible. Incluso en la sociedad moderna, hay familias que en sus reuniones no tratan

nunca las cuestiones religiosas o políticas, por temor a no poder entenderse. En la sociedad tradicional ,a priori, no todas las verdades se deben decir. Lo importante es poder vivir (bien)juntos, y no sacar a la luz cosas que podrían dividida.

Sin embargo, no todas las culturas ponen en juego su honor en las mismas situaciones. Todos los franceses saben que para los magrebíes el honor del hombre está, entre otras cosas, en proteger a «sus»mujeres del deshonor. Para el asiático, sería más bien la pérdida de la serenidad para el de África o del Mediterráneo, realizar labores «de mujer» en Occidente es volverse improductivo. Cada pueblo tiene sus puntos débiles.

La verdad occidental está en la concordancia entre lo dicho y lo hecho. Lo que nosotros llamamos hipocresía o mentira, a menudo no es más que un intento de salvar el honor necesario para la paz social. La verdad está en el empeño de prevenir las tensiones evitando humillar al otro. En la búsqueda de la verdad en el sentido occidental, podemos romper una relación o disminuir el honor de alguien. En otras culturas una palabra en este sentido podría ser tomada como falsa. Puede existir una verdad más subjetiva y efímera, allí donde los occidentales buscan establecer una verdad objetiva y universal. Si el «no»que yo diga puede producir una disensión o un malestar, tengo que decir «sí»o indicar de una forma indirecta mi negación. Una negación directa perjudica la buena convivencia.

La convivencia es un valor importante que vale bastante más que la verdad formal, que no serviría para gran cosa y que podría empañar una reputación. Se puede llegar a indicar por otros medios un desacuerdo o una negación: todo es cuestión de código. Entre dos personas procedentes del mismo entorno cultural no habrá errores de interpretación. Se llega así a expresar un desacuerdo, pareciendo totalmente de acuerdo y decide a uno cuatro verdades sin decididas...

42.2. La cortesía.

La mayoría de las normas de educación son meramente convencionales. En su origen probablemente tenían un sentido, pero muchas prescripciones parecen tan arbitrarias como la concordancia del participio pasado francés. Como no tienen fundamentos ontológicos, pueden variar de una población a otra, e incluso, en el seno de una misma población, de una época a otra.

Concretamente, en Francia, las costumbres de la corte de Luis XIV han terminado por imponerse como normas de educación y de buen gusto. Es un ejercicio interesante descubrir en un grupo multicultural por qué se hace una cosa en una cultura y la contraria en la otra, siempre buscando la educación.

El objetivo de las cortesías es agradar, no molestar y mostrar respeto. Tendrán así más importancia en una sociedad en la que se quiera conservar la paz social que en una sociedad individualista, en la que la mala educación es incluso un medio para afirmar la existencia. En Occidente se admira más a alguien que tiene «carácter», que a alguien que es educado pase lo que pase. Por otro lado, la educación puede servir para mantener las distancias con alguien, para evitar una relación más afectiva.

En Asia, la educación es un comportamiento situado muy alto en la escala de valores. Los niños, desde la primera infancia, siguen un entrenamiento para dominarse a sí mismos, que debe permitirles no decir o hacer nunca cosas inadecuadas. Aquel que es maleducado o que se enoja demuestra que no se domina y que es, por tanto, despreciable.

En general, las personas de otras culturas saben muy bien que no dominamos completamente sus códigos, y las transgresiones son por tanto perdonadas con una sonrisa. No se espera nunca de un extranjero que sepa exactamente cómo hay que comportarse, ya que las trampas son numerosas y la buena voluntad no basta. En el oeste de África, una invitada que quiera ayudar a la señora de la casa a lavar los platos será amablemente acompañada al «salón», y si hace un cumplido sobre la cocción del pescado, todo el mundo se callará, porque al hacer un cumplido se sobreentiende que podría ser al revés.

Entre las cosas que hay que evitar en muchas sociedades y entornos figuran las manifestaciones de los sentimientos. Si no se quiere molestar a los demás, no hay que imponerles su participación en nuestros sufrimientos. Cada cual tiene sus preocupaciones y no merece la pena que otros sufran también.

Los gritos y las lágrimas quedan así circunscritos a momentos determinados o emitidos por personas especializadas. (Es una de las funciones reservadas a las mujeres). Por el contrario, hay que hacer un esfuerzo por mostrarse impasible, incluso intentar reír, para no agobiar al interlocutor. Por último, manifestar mucho dolor ante una defunción podría demostrar una falta de fe en la regeneración. La educación impone siempre pudor.

El deseo de no molestar a otros puede llevar a multiplicar indefinidamente las excusas cuando se tiene que molestar a alguien. «Me disculpo por disculparme», podrían decir algunos orientales.

Convivencia. Limpieza. Libertad.

43.1. Convivencia.

La convivencia es el reconocimiento de la necesidad de vivir con otros y hacer un esfuerzo para que todo vaya bien. Hay que cultivada mediante dones, intercambios, ayuda mutua, hospitalidad. En este deseo de convivencia y en esta red de interdependencia, la amistad verdadera no se excluye, pero no se distingue de un interés bien comprendido. Un amigo es también alguien con quien se puede contar en caso de necesidad, que puede ser útil un día. Los amigos que se cultivan de este modo, manifiestan, sin embargo, un afecto real. Como en otras situaciones, las distinciones hechas en las culturas occidentales (aquí entre amistad interesada y desinteresada) parecen no existir para otras.

La convivencia no es, por tanto, una elección individual: es una obligación que se le impone en un entorno en el que los miembros dependen mucho unos de otros y en el que uno ayuda a su prójimo, no sólo por caridad, sino también porque mañana puede necesitarlo. En este sentido, un favor realizado crea automáticamente un deudor y un acreedor, es un compromiso de honor que queda sobreentendido y que no necesita un soporte escrito. La deuda que uno le debe al otro, quizás no sea nunca reclamada, pero existe en estado virtual. El conjunto de personas y familias que se deben favores, constituye una red de solidaridad que, por ejemplo, para los asiáticos de origen chino, toma, entre otras, la forma de la tontina, o, para los inmigrantes africanos toma la forma de «cajas».

En muchas sociedades está mal visto que alguien tenga más posesiones que otro o que se enriquezca más. Aquel que posee más está obligado a compartir, sobre todo si los otros están necesitados. Si no lo hace, puede ser excluido del grupo, lo cual es muy grave para una persona educada en un ambiente tradicional. El carácter obligatorio de la

solidaridad hace que en estos ambientes se siga ayudando a personas que los franceses habrían «dado de lado». Esto crea en unos un reflejo de ayuda mutua, y en otros, un reflejo de ayudantía.

La hostilidad ilustra esta interdependencia: siempre recibimos huéspedes porque sabemos que en caso de necesidad podremos siempre recurrir a la hospitalidad ajena. Los africanos que llegan a Francia se asombran por el hecho de que se pueda dejar a la gente dormir en la calle.

Además, para dormir no es absolutamente necesario un dormitorio, con un colchón, sábanas y colchas; sino más bien un techo.

Es difícil poner en práctica la hospitalidad en ciudades donde el espacio está limitado, donde el trabajo organizado imposibilita a los anfitriones estar siempre a disposición de los invitados y donde el alimento y la calefacción pueden resultar una carga para un presupuesto doméstico. Muy hospitalarios al principio, muchos extranjeros terminan por recogerse en su familia nuclear y pregonan que están completos cuando los padres, que vienen de visita, se presentan ...

43.2. Limpieza.

La noción de «limpieza» existe en todas las culturas, pero se encuentra sujeta a interpretaciones bien distintas. Un pueblo insiste mucho en la limpieza del cuerpo; otro en la limpieza del entorno. En el primero, la higiene personal obliga a lavarlo todo con agua de Javel, al tiempo que deja perros y gatos dormir sobre la cama; cuando en otros lugares los animales deben quedarse fuera mientras que nadie se inquieta si las moscas vuelan sobre la carne. Las distintas concepciones en relación a la limpieza permiten que unos se crean más evolucionados que otros.

Hay que distinguir entre limpieza e higiene. La higiene es un imperativo fundado científicamente y empíricamente, útil para la salud de todo el mundo. La higiene depende de la cultura y se transmite a través de la educación; por este motivo, los educadores desempeñan un rol importante en la adquisición de buenos reflejos. Sin embargo, al hacer un juicio sobre la limpieza conviene ser prudente, pues la evaluación «limpio-sucio» varía según los grupos sociales.

La higiene no va independientemente y, a menudo, está ligada a condiciones climáticas específicas. Muchos pueblos originarios de regiones cálidas y húmedas suelen dejar correr el agua de la ducha varias veces al día, y los del desierto pueden lavarse con la arena. La prohibición de comer carne de cerdo puede estar relacionada con el estado de la carne en los países de clima cálido. También la ciencia puede intervenir: la infección es un fenómeno universal, pero en un mundo con poco desarrollo técnico nos cuesta trabajo atribuir la causa de las enfermedades a «pequeñas bestias» que no se conocían hasta Pasteur. En una palabra, las condiciones de vida (vivienda, agua corriente, desagüe...) intervienen en la posibilidad concreta de individuos y colectivos de asegurar la higiene deseada. En todos los casos, las apreciaciones moralistas están prescribiendo.

Los problemas se producen por lo general cuando los hábitos más o menos higiénicos se trasladan de un entorno a otro: escupir en el campo, orinar en un árbol en medio de la naturaleza o hacer sus necesidades en una playa por donde pasa el mar no molesta a nadie.

Pero en la ciudad, pueden dar lugar a la expulsión, si hay que creer en la película «Pan y Chocolate»: el protagonista, un inmigrante italiano, es fotografiado por una pareja suiza cuando se encontraba delante de un árbol haciendo sus necesidades al no poder contenerse. La fotografía formará parte de su expediente de expulsión.

43.3. Libertad, igualdad, fraternidad.

En muchas culturas la igualdad parece una impostora; se suele decir: eso no existe. Muchas sociedades intentan crear un orden dentro de las desigualdades, de explicarlas, de justificadas ideológicamente, pero el artículo primero de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre les es extraña, si no se es occidental. La libertad parecía un valor propio de una sociedad rica e individualista, ciertamente egoísta. Pero lo más importante era respetar el orden natural, impuesto por los jefes ilustrados elegidos por ello, que desemboca en el bienestar general, y en el cual todo el mundo podía encontrar lo que se merece. En la sociedad occidental, puede verse paseándose por la calle, a qué conduce la libertad: mujeres prostituídas, jóvenes drogados, ancianos abandonados...

La fraternidad, que casi no existe en el plano interpersonal, pero que está organizada por el Estado en el plano institucional (por ejemplo, la Seguridad Social), no es percibida como una manifestación de fraternidad o de solidaridad. En un grupo multicultural, puede resultar muy instructivo someter estos valores fundamentales a discusión no directiva.

Orden social

Roles -Status.

En la sociedad holista, los roles, status y funciones se confunden y se mueven menos que la sociedad moderna, que se entretiene cuestionándolos continuamente.

51.1. Roles y funciones.

En la sociedad holista, la socialización lleva esencialmente en el aprendizaje, roles que los futuros adultos van a ocupar en la sociedad. Este rol está determinado por el status de la familia, el sexo, la edad, el rango entre los hermanos, por tanto, por el nacimiento, por el destino. El orden establecido es «querido por Dios», decían en otros tiempos. Los individuos no eligen por tanto su lugar, su oficio, su consorte, sino que en esto siguen las reglas establecidas por la tradición.

En la sociedad moderna, afirmaciones como: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, primogénito se hijos menores, encasillan menos a los individuos en ciertos roles -por ejemplo, la capacidad profesional, los títulos, la desenvoltura personal tienen más peso que el sexo, la edad o el rango en la familia. El lugar de cada uno en la sociedad depende más de los méritos (meritocracia) que de haber nacido en un lugar determinado.

En nuestra sociedad, se insiste mucho en el desarrollo de las capacidades personales de cada uno según la orientación que haya elegido o aquello para lo que se encuentra dotado. En la sociedad repetitiva, no se favorece la movilidad social porque el destino de cada persona no es realizarse individualmente, sino contribuir al bienestar del grupo desempeñando, como es debido, el rol que el destino y el grupo le han asignado.

Tanto en las decisiones que deben ser tomadas como en la orientación profesional, por ejemplo, no son los momentos de expansión del individuo lo que cuenta, sino el interés del grupo. Lo mismo ocurre con el matrimonio o con la migración.

51.2. Status y jerarquías.

El rango que cada uno ocupa en la sociedad holista le confiere cierto prestigio independientemente de sus cualidades personales. Se debe respeto a alguien de rango superior, incluso si no lo estimamos como individuo. La autoridad proviene de la función en la familia, en el grupo, o de la edad, porque los individuos cargados de autoridad no se representan a ellos mismos, sino a la tradición, es decir, una autoridad establecida más arriba de ellos que se supone que saben interpretar mejor que los otros.

También existe una jerarquía de las profesiones: en Francia, las actividades intelectuales que manipulan letras, cifras y signos, que analizan y sintetizan, que hablan y escriben, son particularmente dignas de consideración. Por el contrario, el comercio y los negocios son menos valorados, pues las actividades manuales son realizadas por aquellos que no son capaces de hacer otra cosa. Esta jerarquía (que la colonización transplantó al África francófona) es distinta de la de otros países; por ejemplo, los británicos tienen menos estima a los intelectuales que a los que realizan actividades prácticas. El educador, para hacer un resumen, llega al punto de dar primacía a un «savoir faire» que no es valorado por la cultura del candidato en su formación.

Sería erróneo considerar la sociedad francesa poco jerarquizada: es el único país de Europa donde existen categorías tales como ejecutivos, empleados y obreros; y dentro de la categoría de los ejecutivos aquellos que son «superiores», por no hablar de los altos funcionarios. Esta jerarquía y esta autoridad deben ser sin interrupción y públicamente reconocidas: los saludos sirven en gran parte a ello. Entre desconocidos, las presentaciones son importantes. Se quiere saber con quién nos relacionamos para saber cómo hablarle.

En Japón esto ocurre con la presentación de una tarjeta de visita, presentación que precede a cualquier otro contacto. Pero en seguida es la vestimenta la que nos sirve como indicador.

Es por su forma de vestirse, a veces por su color, lo que permite reconocer el rango social al que pertenece la persona en cuestión. Normas de vestimenta a veces cercanas al uniforme desempeñan aún el mismo rol en Francia, pero su uso está restringido a las funciones públicas y algunas empresas. La influencia de esas estructuras, que son como una segunda naturaleza que condicionan la forma de concebir las diferentes relaciones en la

sociedad, repercuten en la relación entre los educadores (o educadoras), y aprendices, entre aquellos que saben y aquellos que no saben, y a menudo entre aquellos que quieren presentarse como que «saben un poco más» y aquellos que los consideran que]0 saben todo; porque los instruidos desempeñan la función de educadores.

Las mujeres casadas deben distinguirse de las solteras por la vestimenta o el peinado (en Francia. es por la apelación señora o señorita). Rechazar los ritos ligados a los roles y status –por ejemplo, vestirse a la europea o como un occidental- es para una africana o una asiática quizás una forma de liberar las relaciones hombres-mujeres en uso en su cultura de origen, igual que el hecho de fumar un cigarro ostensiblemente en público manifiesta una voluntad de emancipación. Cortarse los cabellos puede formar parte de esa misma preocupación. De igual manera, la forma de vestirse, de peinarse o de comportarse en público puede traducirse en un deseo de manifestar su pertenencia a un grupo específico y que se expresará por el «respeto»(del orden social).

Relaciones interpersonales.

52.1. Identificar al interlocutor.

En la sociedad tradicional, la relación personal y social es bastante más importante que la relación profesional que en ella se engloba. La primera afecta a todas las esferas de la existencia: cada uno es conocido por su nombre y se le conoce en todos sus aspectos; sabemos quiénes su padre, qué ambiente frecuenta, qué religión practica y a quién vota. Si es joven se sabe con quien va a casarse y de qué herencia va a beneficiarse. Convertidos en ciudadanos, la mayor parte de las personas originarias de estos ambientes, sufren profundamente el anonimato de la ciudad donde «nadie te saluda», donde nadie te (re) conoce; para otros, por el contrario, es como liberarse de un destino demasiado programado.

Al ponerse en contacto con una persona originaria de estas sociedades tradicionales, hay que darse a conocer en todos los aspectos antes de poder continuarla relación, porque

siempre se trata de una relación entre personas. Los saludos deben también servir a este fin. Sirven para mostrar que se conoce al interlocutor, su familia, su país, sus posesiones y, llegado el caso, sus enfermedades. Sería inútil entrar en la vida de un individuo sin haber cumplido la formalidad de las presentaciones, que llevan su tiempo. No suele abordarse el objeto de una visita de buenas a primeras. En principio, habría que crear o reavivar la relación personal.

En este universo tan personalizado el entramado de las esferas de vida no es habitual. Si conocemos a alguien como educador, queremos también saber si está casado, si tiene hijos, a quién vota y si es creyente. En rigor, el aprendiz podría trabajar bien porque os encuentra simpáticos o hacer su trabajo en un dos por tres porque vuestra forma de pensar no le conviene.

La relación de confianza es tanto más indispensable en la formación como en el ejercicio de una profesión, en la que los métodos de trabajo son desconcertantes para el aprendiz que constata que aquello que siempre ha hecho y ha pensado ya no tiene validez y que ahora hay que actuar de forma diversa. Es un proceso de inseguridad que debe estar compensado por un complemento afectivo.

52.2. Primacía a la relación.

Otro rasgo frecuente en las personas que pertenecen a sociedades en las cuales domina el grupo es la tendencia a huir de la soledad, a querer encontrarse siempre rodeado de gente. Se apoyan en la sociedad tradicional cuando hay más personas presentes y, por tanto, la ausencia de personas no se considera un factor de libertad, sino, al contrario, de hostilidad. Para organizar una fiesta, tiene que haber gente. El hecho de que haya una multitud en la que se encuentren muchas caras familiares es ya una fiesta. Se trata de uno de los elementos que hacen que la palabra *fiesta* no designe la misma realidad en todas las culturas.

El individualismo occidental piensa, por lo general, que el individuo es el centro del universo. En otras culturas, simplemente no se concibe que un individuo pueda existir fuera de una serie de relaciones. El vietnamita pocas veces utiliza los pronombres «yo», «tú», «él», para indicar la relación: tu alumno, mi maestro... No se trata a menudo con alguien porque

se le considere simpático, sino más bien porque se le considera solidario dentro de un mismo destino colectivo. La dimensión afectiva, evidentemente, no queda excluida, pero no resulta indispensable para la existencia de una relación solidaria.

Las conversaciones cara a cara son poco frecuentes en ciertas culturas. Muchos problemas, que serían considerados muy personales en Francia, se tratan en presencia de otros miembros del grupo o de otros interesados. Es posible imaginar a un grupo en formación discutiendo acerca de los proyectos personales de alguien, reflexionando juntos sobre los obstáculos que le rodean: la presencia activa de otras personas no se siente como una falta de discreción como lo sería entre los de *origen* francés.

Los circuitos de información funcionan por lo general bien dentro de las comunidades que se apoyan mutuamente: el **teléfono árabe** funciona también en las comunidades asiáticas; la comunicación oral resulta allí más eficaz. La distribución de un documento escrito dista

mucho de producir el mismo efecto, probablemente porque la sociedad no interviene en dicho mensaje.

El comercio que irrita tanto a los europeos participa de este mundo personalizado. Las relaciones no son nunca puramente comerciales, y, se podría decir con prudencia, lo son siempre poco. El comercio es un sistema en el que el tipo de relación interviene con fuerza a la hora de establecer los precios. No querer negociar significa de alguna forma no querer relacionarse. Además, todo puede ser objeto de comercio, incluso si para los franceses no lo es. Por último, un comerciante puede aceptar perder dinero o tiempo porque al relacionarse con un cliente lo encuentre agradable o no rebajar un precio exorbitante porque lo desprecie.

52.3. Relaciones entre hombres y mujeres.

Ya se ha hecho alusión anteriormente a los espacios separados que ocupan hombres y mujeres. El hombre, cabeza de familia por lo general, se ocupa de las relaciones exteriores, la mujer de las interiores, incluida la educación de los hijos pequeños. Para cada uno su función y su lugar. Esta separación es tan grande en una cultura machista que les

resulta imposible imaginar que un hombre y una mujer puedan comportarse simplemente como amigos.

Tal separación de sexos se institucionaliza y se acentúa en algunos países musulmanes por medio del velo y de los vestidos que cubre el cuerpo de la mujer casi por entero²⁰. En las sociedades en las que existe dicha separación, las relaciones entre hombres y mujeres son siempre más complicadas que en Francia. Para los tradicionalistas, si no existe separación ocurre lo que tiene que ocurrir: ¡las mujeres ya no sienten pudor y los hombres no se cortan! En la mayoría de las culturas, el hombre domina a la mujer. Muchos hombres, en todas partes, no son capaces de imaginar que las mujeres puedan hacer lo mismo que ellos. Otros no quieren perder la situación privilegiada en la que se encuentran. Por último, hay quienes se sienten verdaderos caballeros y piensan que su cometido es proteger al sexo débil. Recibir instrucciones de una educadora no les queda siempre tan claro, sobre todo cuando se trata de un oficio llamado *para hombres*.

Ello se debe a que en las sociedades tradicionales existen oficios de hombres y oficios de mujeres. En África, por ejemplo, el hombre, ser de cultura, se ocupa de todo lo que es mecánico y técnico. La mujer, ser de naturaleza, se encarga del manejo de las cosas de la naturaleza sin intermediarios. La mujer se desplaza a pie o en bicicleta, su marido en moto o en coche.

La ocupación por excelencia de la mujer es, evidentemente, encargarse de la casa, de la cocina y de los hijos. El hombre, sin embargo, puede cambiar de actitud si es emigrante, y lavar los platos o empujar el cochecito del niño. Pero si se encuentra entre compatriotas o de vuelta en su país de origen, ya no podrá infringirla ley de distribución de roles. Por otra parte, si la mujeres emigrante, ésta puede ir a trabajar fuera y adquirir así cierta autonomía, aunque los hombres no lo vean siempre con buenos ojos, puesto que se arriesgan a perder el control de la situación (además del honor).

En la mayoría de las culturas, las mujeres han sabido encontrar un lugar a primera vista sin importancia, desde el que ejercen un verdadero poder, poder que, a menudo no pueden ejercer si son emigrantes, reforzando así la posición de hombre. Pero, incluso si las mujeres poseen en ciertos casos el poder de decisión, de cara al exterior es el hombre quien se supone que decide.

²⁰ Nilüfer Gote.

La separación de sexos puede ser considerada como una oposición de sexos (por ejemplo, para la tradición judeo-árabe-cristiana) o como una complementariedad (ésta es la tendencia asiática). Si se ve como oposición, los individuos tenderán o acentuar los rasgos por los que se diferencian (el físico, el pelo, la vestimenta, la profesión, la insistencia ya sea sobre la ley y la fuerza para el hombre, o bien sobre la afectividad y la debilidad física para la mujer). Una vez establecida la oposición, se trata de encontrar los fundamentos en la naturaleza. En una cultura en la que es la complementariedad la que prevalece, los individuos no buscan tanto acentuar las diferencias. La perilla de los asiáticos no desempeña el mismo papel que la barba de los magrebíes o el bigote de los turcos: para los primeros es un signo de sabiduría, para los últimos una afirmación de su virilidad.

La administración del dinero es un uso de poder que a menudo se confiere a la mujer (sobre todo en África del oeste o central), pero no siempre abiertamente. De cara al exterior, los hombres deben aparentar que la decisión es suya, cuando en realidad casi siempre tienen que dar cuenta a su(s) mujer(es).

52.4. Jóvenes y viejos.

El educador que los aprendices califican de «viejo», o, peor aún, la educadora que es tratada de «vieja», muchas veces ignoran que se les hace un gran cumplido. Ser viejo, es ser sabio. Un viejo ha vivido mucho tiempo, ha visto muchas cosas, tiene experiencia, sabe cómo actuar en numerosas situaciones. A los educadores (o educadoras) demasiado jóvenes les cuesta a veces mucho trabajo ejercer su autoridad sobre aprendices de más edad.

En las sociedades patriarcales, sobre todo, la pirámide del poder coincide en gran medida con la pirámide de la edad, dando por supuesto que las mujeres quedan excluidas del poder jurídico. El hijo mayor ejerce su poder sobre el menor, pero puede incluso ejercerlo sobre su madre en caso de fallecimiento del padre. En este tipo de sociedad, los jóvenes no pueden tomar decisiones sin dar cuenta al cabeza de familia. En contrapartida a este poder, los viejos envejecen a costa del bienestar de los jóvenes; éstos son sus responsables, deben alimentarlos, darles cobijo y protegerlos.

La división en clases según la edad puede variar de una cultura a otra. En numerosas poblaciones se pasa de la infancia a la edad adulta, paso que está por lo general marcado

socialmente; por ejemplo, en los chicos, por ritos de iniciación; en las chicas por la aparición de las primeras reglas. A partir de este momento, los miembros de la comunidad cambian de actitud respecto a estos nuevos adultos.

52.5. Padres e hijos.

Como ocurre en numerosas sociedades un hombre y una mujer no se consideran como adultos hasta que no se casan (y a veces incluso aunque sean padres); conservan en la familia el status de hijo hasta dicho evento, y, hasta entonces, la autoridad de los padres se sigue ejerciendo a pesar de la mayoría de edad jurídica.

E incluso si los hijos se casan, las relaciones con los padres, con los abuelos y los hermanos, permanecen extremadamente sólidas e influyen en la vida de la pareja con mucha más fuerza de lo que lo hacen en los occidentales, para los cuales la ruptura es más efectiva («dejarás a tu padre y a tu madre...»). Como es el hombre quien representa a la familia para el exterior, las madres magrebíes pasan a depender de su primogénito para todas las gestiones en caso de defunción del padre.

En las poblaciones africanas, los hijos reconocen a menudo la autoridad de varios padres y de varias madres, siendo los más importantes los padres sociales (aquellos que se ocupan realmente de los hijos), que no siempre son los padres naturales. Los hijos en el África negra no viven en familias nucleares, sino en grandes unidades en las que los hijos son miembros del grupo entero y, además, de tales o cuales padres. Se confían con facilidad a otros miembros de la familia. En numerosas culturas, por ejemplo, para los habitantes de Haití, el padrino y la madrina mantienen vínculos muy fuertes con sus ahijados: si los hijos de una misma madrina se casan entre ellos, son acusados de incesto. Ocurre lo mismo en otras culturas, con los hijos de leche de una misma nodriza.

En casi todas estas culturas, la expresión «mi hijo» resulta extraña: se habla siempre de «nuestros hijos» o de «los hijos»; se utiliza siempre el plural. Cuando llegan a Francia o a una ciudad, el estrechamiento de la noción de familia a un núcleo familiar muy restringido resulta motivo de asombro; en particular, el traslado de los padres ya viejos a residencias especializadas es un escándalo para los inmigrantes.

52.6. Inferiores y superiores.

La ideología de la igualdad ha acostumbrado a los franceses a ignorar la relación de fuerza que existe entre personas en principio iguales. No resulta apropiado reconocer la existencia de la relación de fuerza (porque en realidad no debería existir), que, con todo, estructura fuertemente la sociedad francesa. Los británicos y sobre todo los americanos son menos complejos a este respecto, cuando en el mundo asiático la existencia de inferiores y superiores se considera como algo natural, por no hablar de la distinción y de la organización sociales hindúes en castas. Los asiáticos no comprenden nuestras afirmaciones sobre la igualdad de los hombres, y las sociedades asiáticas se construyen muy a menudo sobre bases de desigualdad. En África (e incluso entre los africanos de Francia), las diferencias entre clases sociales, que van desde los ciudadanos importantes a los esclavos, todavía se hacen sentir con frecuencia.

La desigualdad no expresa solamente un poder sobre el inferior: impone también obligaciones, responsabilidades. Un inferior debe respetar a un superior, pero consigue a su vez protección. El sistema de desigualdades, con el educador como *familia*, no queda desterrado por la sola declaración de la igualdad, ya que este tipo de comportamiento se encuentra muy anclado en la cultura o en la historia del colonialismo, y se trata de uno de los puntos por los cuales el cambio de actitud es muy lento.

Ante situaciones inéditas, el desconcierto puede ser grande para los que están acostumbrados a seguir ciertas reglas; en ese momento se apela a la autoridad para saber lo que está bien o mal. Son las capas altas las que deben tomar la decisión. En otras culturas, se insiste mucho sobre la responsabilidad y la conciencia individuales.

El superior no tiene por qué ser necesariamente el que esté al mando. La autoridad puede proceder de la edad, de la reputación y sabiduría, del nacimiento o, como es el caso de Asia, de la pertenencia a la clase de letrados (a la cual pertenece probablemente el educador). Pero recordemos que es indispensable que se ejerza una autoridad, que se manifieste visiblemente y sea reconocida por todos: si no, ésta no existe. Con respecto a lo dicho, la democracia a la francesa no despierta el entusiasmo en todos los pueblos. Nuestro sistema: un hombre, una voz, y como resultado una decisión tomada por la mayoría, no es del gusto del resto del mundo. A otras culturas les gusta distinguir a los que tienen un gran

peso en la decisión debido a su edad, a su experiencia, a su saber, a su reputación, de aquellos cuya voz no es muy importante (los jóvenes, a menudo las mujeres y las clases sociales «inferiores»).

Profesores y alumnos.

El saber y el conocimiento son, desde el paraíso terrestre judeo-cristiano, medios de liberación de los que todos los poderes desconfían. En las sociedades tradicionales, para evitar este peligro, la transmisión del saber se encarga a personas habilitadas que repiten e inculcan las lecciones del pasado, más que desarrollarla creatividad, puesto que todo lo que está escrito en los libros es irrefutable.

53.1 . El educador sobre un pedestal.

Los maestros saben, los alumnos no saben nada. En este sistema, que continúa marcando ciertos ambientes, los educadores son objeto de respeto, lo cual pone celosos a los profesores de los institutos de Francia. No existe disputa, puesto que el educador corresponde a la representación que nos hacemos del maestro. Los educadores se equivocarían, pues, al aplicar el dicho «el que calla otorga». Si uno se calla, es por respeto, no porque se esté de acuerdo.

El saber no surge de la confrontación de ideas: es el educador quien lo posee y lo transmite. Las discusiones son una pérdida de tiempo. Pero si alguna vez se consigue hacer hablar a un aprendiz, ya no se le puede parar o matizar sus opiniones: si el maestro desconoce un tema, él tomará el lugar del maestro. La duda no se siente como un elemento positivo, no más que la crítica, en una sociedad tradicional. Si se copia de una autoridad reconocida (por ejemplo del educador, y sobre todo de un educador de más edad y masculino), se está seguro de no equivocarse, cuando, si se pone a seguir su propia inspiración, corre el riesgo de equivocarse.

Algunos van a solicitar, por tanto, al educador una actitud muy prescriptiva, ya que la sed de comprender, de saber analizar un fenómeno será considerado menos útil.

53.2. La implicación del educador.

Desde la antigüedad grecolatina, la escuela adoptó un modelo de relaciones calcado de aquél del maestro con sus subordinados. Es por lo que al que enseña se le conoce aún como «maestro» o «maestra». La escuela quiso centrarse en una concepción mecanicista y neutralista del aprendizaje que supone que el saber puede transmitirse directa y automáticamente al alumno sin que haya que tomar en cuenta la psicología, las aspiraciones de los que reciben el saber, sin que haya que escuchar al prójimo o abrirse a él... Esta distancia entre el maestro y el alumno perjudica totalmente la comunicación entre ambos. Esta última supondría un esfuerzo de igualdad en las relaciones y una posibilidad de abrirse al otro sin tener nada que temer. «El miedo a la implicación es el mal fundamental que atormenta al sistema escolar».

Este miedo se expresa también en la formación de los adultos, con el riesgo, esta vez, de perder su status. «La relación con el saber es a la vez relación de sentido y relación de valor: el individuo valora lo que le da sentido, o, a la inversa, confiere sentido a lo que representa para él un valor». Lo que tiene sentido para el individuo que se está formando está relacionado con lo que conoce de su experiencia, ya sea porque lo haya vivido directamente, o bien porque se le haya contado para proporcionar un sentido y un valor en él. Es importante tomar en cuenta la dimensión afectiva en las relaciones que se van a establecer entre los miembros del grupo, no con el propósito de imponer su deseo al otro, sino con el de poder considerarlo como un individuo enteramente. El saber va, por tanto, a construirse interactivamente con otros a partir de lo que cada cual conoce y quiere adquirir.

Cada participante de un grupo en formación, incluido el educador, es poseedor de una identidad y se expresa con registros diferentes (lo que le convierte en el objeto de este libro).

La formación toma un sentido si se construye a partir de los propios individuos, favoreciendo las situaciones de comunicación en el grupo. Esta gestión contribuirá a despertar la curiosidad de unos con relación a otros y con relación a lo que no conocen (el rol de lo escrito, el funcionamiento de las relaciones familiares en Francia...), a dar un sentido a sus vidas por el intercambio de experiencias y la confrontación con otro tipo de gente (hacer venir personas exteriores al grupo) y, sobre todo, a no considerar el saber

como algo mágico, a menudo expresado por la creencia en otra vida, la de los letrados, y la adquisición de un «oficio de prestigio». Este último punto es evocado por jóvenes y adultos en formación que proyectan su porvenir profesional sin relacionarlo con su realidad en Francia, ni siquiera con la realidad económica de hoy.